

5-15-2002

## Interview no. 1038

Heleodoro Martínez Solís

Follow this and additional works at: <https://scholarworks.utep.edu/interviews>



Part of the [Oral History Commons](#), and the [Social and Behavioral Sciences Commons](#)

---

### Recommended Citation

Interview with Heleodoro Martínez Solís by Violeta Domínguez, 2002, "Interview no. 1038," Institute of Oral History, University of Texas at El Paso.

This Article is brought to you for free and open access by the Institute of Oral History at ScholarWorks@UTEP. It has been accepted for inclusion in Combined Interviews by an authorized administrator of ScholarWorks@UTEP. For more information, please contact [lweber@utep.edu](mailto:lweber@utep.edu).

University of Texas at El Paso

Institute of Oral History

Interviewee: Heleodoro Martínez Solís

Interviewer: Violeta Domínguez

Project: Bracero Oral History

Location: Mexico City, México

Date of Interview: May 15, 2002

Terms of Use: Unrestricted

Transcript No.: 1038

Transcriber: Rosy Chivardi

**Biographical Synopsis of Interviewee:** Heleodoro Martínez was born in Metepec, Hidalgo, México; he was the third of six brothers; at an early age, he worked in agriculture; as a teenager, he worked in construction; he joined the Bracero Program in 1951, and worked in California and Texas; there, he picked carrots, celery, cotton, green peppers, lemons, oranges, and tomatoes.

**Summary of Interview:** Mr. Martínez recalls growing up in Metepec, Hidalgo, México, and working from an early age in agriculture and construction; he remembers that, in 1951, he joined the Bracero Program after suffering economic hardships; additionally, he describes the hiring process in rural areas, the legal requirements he needed to fulfill to get on a list of people who could become braceros, and the bribes he had to pay to get on that list; he details what the contracting centers were like in Irapuato, Guanajuato, México and Empalme, Sonora, México, the physical exams he endured, his experience in the reception center in Calexico, California, and how the disinfection process was carried out; furthermore, he relates his daily activities on the farms, the treatment he received from foremen, and what his housing and food was like; he also expresses what braceros did during weekends, and what they did for entertainment; moreover, he explains his hopes when he joined the bracero program, the hardships he and other braceros endured in the United States, and his feelings of loneliness and sadness during his time in the program.

Nombre del entrevistado: Heleodoro Martínez Solís  
Fecha de la entrevista: 15 de mayo de 2002  
Nombre del entrevistador: Violeta Domínguez

El día de hoy es 15 de mayo de 2002. Estamos en casa del señor Heleodoro Martínez Solís para hacer esta entrevista.

VD: Señor Heleodoro, nada más para empezar, le hago unas preguntitas igual generales, ¿qué edad tiene?

HM: Sesenta y nueve años.

VD: Sesenta y nueve. Me dice de nuevo su lugar de nacimiento.

HM: Colonia Ignacio Zaragoza, municipio de Metepec.

VD: En Hidalgo, ¿verdad?

HM: Hidalgo.

VD: En el estado de Hidalgo. Señor Heleodoro, ¿a qué se dedicaban sus papás?

HM: A la agricultura.

VD: Eran campesinos.

HM: Eran campesinos.

VD: ¿Cómo se llamaba su papá?

HM: Félix Martínez.

VD: Félix Martínez.

HM: Soto.

VD: ¿Su mamá?

HM: Amelia Solís.

VD: ¿Tenían tierras propias, o trabajaban?

HM: Como cinco o seis hectáreas propias.

VD: ¿Qué sembraban?

HM: Maíz, frijol, cebada.

VD: ¿Para consumo, o la vendían?

HM: Pues cuando había de sobra, se vendía,, y cuando no, casi nunca alcanzaba.

VD: Para el consumo propio.

HM: Para el consumo propio.

VD: ¿Su mamá no criaba animales para vender?

HM: Borregos, pollos, era lo que había.

VD: Y, ¿sí los vendían?

HM: Algunos.

VD: Sí los criaban para vender.

HM: Guajolotes. Algunos novillos o vacas.

VD: ¿Cuántos hermanos tuvo?

HM: Cinco hermanas y un hermano.

VD: ¿Usted es de los más grandes?

HM: Yo soy el tercero, hubo una que murió, entonces fuéramos ocho.

VD: Sus papás, ¿los dos eran de aquí mismo, de este lugar de...?

HM: De ahí mismo, de la colonia.

VD: Colonia Ignacio Zaragoza, me dice, ¿verdad? Ellos nacieron ahí en ese pueblo.

HM: Antes pertenecían a la hacienda de Temascalillos, así se llama esa hacienda, todavía existe. Una iglesia preciosa que hay ahí.

VD: Y a eso ahora le pusieron, le cambiaron el nombre a Colonia Ignacio Zaragoza.

HM: Sí, exacto.

VD: ¿A qué se dedicaba usted? Bueno, antes que eso, ¿usted fue a la escuela allá, señor Heleodoro?

HM: Fue, yo creo que uno o dos años.

VD: ¿Había escuela ahí en el...?

HM: Había una primaria. Pero cuando yo salí de esa escuela, bueno que ya no fui... después tuve la necesidad de, o sea que necesitaba yo saber matemáticas, que en aquel tiempo no se oía la palabra matemáticas, se oía cuentas.

VD: Cuentas.

HM: Pues yo las cuentas las conozco, pero boludas. (risas) Me acuerdo que, nada más me sabía el tres pero así lo hacía, como un arbolito. Y en una de esas que yo pagué las clases por la tarde, después de que yo trabajaba, me iba a la escuela. En un mes aprendí todas las matemáticas, hasta cubicación, raíz cuadrada y todo eso.

VD: Eso ya fue más tarde, después.

HM: Como a los catorce años.

VD: Ah, pues no, estaba todavía joven.

HM: Como a los catorce años.

VD: ¿Usted se pagaba su escuela?, ¿en dónde, allá mismo?

HM: Allá en la Colonia.

VD: Y, ¿le pagaba a un maestro particular?

HM: Había una maestra, sí, ya murió, es una señorita.

VD: Entonces en la escuela estuvo esos dos años y después por su lado con esta maestra.

HM: Por mi cuenta, sí.

VD: Y ya, de todas formas leer y escribir, eso se lo habían enseñado en la escuela.

HM: Entonces no aprendí nada, (risas) ya después.

VD: ¿Cómo?

HM: Trabajando fue como aprendí. Agarraba el periódico, revistas y cosas de esas y ahí fue donde aprendí. Y la necesidad, porque cuando trabajé en la EXXA, la constructora de la EXXA de Jorge Larrea, ahí trabajé algunos años cuando yo tenía diecisiete años, dieciocho, hasta 1950, parte del [19]54, todo el [19]53. De ahí me fui a Poza Rica. De ahí regresé al rancho y había contrataciones, fue cuando me fui en 1954 para Arizona.

VD: O sea que antes de salir de ahí usted trabajaba en el campo con sus papás, desde niño.

HM: Desde niño.

VD: ¿Estuvo ahí trabajando con ellos hasta los cuántos años?

HM: Hasta como a los, bueno, hasta que mi papá murió. Después yo trabajaba, trabajábamos solo mi pariente y yo, pero, ¿cómo se llama?, no podíamos, porque no podíamos uncir la yunta, éramos unos chiquillos flacos, desnutridos. Entonces eran unos toros muy grandes y no podíamos trabajar. Fue desesperante, para nosotros fue triste.

VD: Entonces empezó usted a trabajar.

HM: Me pagaban en ese tiempo \$1.75 [pesos] diario.

VD: Era su jornada.

HM: Era por todo el día, desde que, pos sería de las siete, ocho de la mañana hasta las , hasta que ya no se veía.

VD: No, pos todo el día.

HM: Todo el día y a veces sin comer. Sí, no, fue duro, pero aquí estamos todavía.

VD: Entonces usted estuvo haciendo esto y luego dice que se fue a Veracruz.

HM: A Poza Rica.

VD: ¿Cómo se fue para allá?

HM: Pues en EXXA se estaba terminando el trabajo del túnel que se hizo de Tepeche a Patla para la compañía de luz, para la planta que esta en Patla. Y entonces yo me fui, dije: “No, pues esto ya se va a acabar”, y me fui para Poza Rica. La gasolinera, no sé si conozca Poza Rica.

VD: No, por allá no conozco.

HM: Si un día va a Tuxpan, hay una gasolinera en el puente que le nombran La Balsa, enfrente así esta la carretera y del lado izquierdo yendo a Tuxpan hay una gasolinera, esa gasolinera la hicimos nosotros.

VD: ¡Ah, sí!, y ahí está todavía.



HM: Todavía, enfrentito al puente de La Balsa, que es la entrada a Poza Rica. Entonces se inundó Poza Rica, hubo un ciclón y me vine para el rancho, llegué y estaban con el escándalo que había contrataciones, que se iban mis tíos y parientes y algunos vecinos, conocidos, más bien. Y mi cartilla, yo ya había hecho servicio militar, pero le faltaba una hoja, tenía dos matrículas. Entonces fui a ver a este señor Gorgoño Rodríguez, que era el que estaba de enganchador, se puede decir, era compadre de uno de los jefes de contrataciones y se apellidaba, no sé si era Aguilar o Aguilera. Y fui a verlo y me dijo: “No, no te preocupes, yo te arreglo papeles”.

VD: ¿Le pedía algo?, ¿le pedía algún, que le pagaran?

HM: Sí, eran, no sé, \$300, \$400 pesos, no me acuerdo. Y ya me arregló mis papeles que fue con los primeros que yo me fui, supuestamente era yo de Acatlán, Hidalgo.

VD: Eso le habían puesto ahí.

HM: Y me dio ese papel, que no tenía yo parcelas que, bla, bla, bla. Y me arregló un permiso de la Defensa [Secretaría de la Defensa Nacional], que mi cartilla se había extraviado y con ese papel me fui. Por ahí lo guardo todavía.

VD: Porque le faltaba que le liberaran...

HM: La cartilla.

VD: La cartilla.

HM: Y tenía dos matrículas, eso después lo arreglé yo. Pero ya después por los años sesenta, los arreglé después del [19]60 arreglé eso, y ya, mi cartilla ya está liberada. Y me fui, nos fuimos varios a Irapuato.

VD: ¿De ahí mismo de la colonia se fueron?

HM: De ahí y de Acatlán y, ¿se acuerda que hay un grupo de Hidalgo?

VD: Sí.

HM: Bueno, de por ahí se fueron muchos, pero yo no los conocía.

VD: A esos no los conoce.

HM: No los conocía.

VD: ¿Acatlán está cerca de la Colonia Ignacio Zaragoza?

HM: Relativamente, está a un lado de Tulancingo, al lado izquierdo. Hay como veinte kilómetros o treinta de distancia.

VD: Y, ¿por qué le puso que era de allá y no del rancho, de la colonia donde estaba usted?

HM: Porque, ¿cómo se llama?, para que fuéramos en el grupo de él.

VD: ¡Ah!, él era de aquel lado.

HM: Él era de Acatlán, era de los políticos de ahí. Todavía vive, ese señor.

VD: ¡Ah, sí!

HM: Todavía vive. Él era el que llevaba, no sé, cien, doscientas personas a contratación, porque de Hidalgo no había permiso para que nos fuéramos.

VD: ¿No podía salir gente de ahí?

HM: Registrada, como grupos de Hidalgo, no. Había de Oaxaca, de Zacatecas, Durango, creo hasta Guerrero y todas partes, pero de Hidalgo no.

VD: ¿Se acuerda por qué?

HM: No sé. Entonces nosotros llegábamos allá y nos entrevistábamos con este señor Aguilar o Aguilera. Siempre íbamos uno de encabezado y ya empezaron a nombrar una lista y de repente cortaban esa lista y teníamos que estar muy abusados. Entonces yo no me podía acostumbrar a mi nombre de Heleodoro y empezaban a nombrar la lista de nosotros, la entreveraban con otras listas, ¿sí? Llegamos a Irapuato, estuvimos dos, tres días. Yo no conocía Irapuato y a todos, bueno, a mis parientes, a todos los regresaron, nadie pasó.

VD: ¿Por qué los regresaron?

HM: Porque ya cuando iban a, los americanos iban a revisar la gente, le empezaban a ver las manos, los pies, zapatos que llevaba, ropa que llevaba, todo eso y si no llevaban callos en las manos... Yo nunca he tenido callos, pero agarré. Un día nos fuimos a cortar leña mi primo y yo, el que a veces anda conmigo, Héctor, y me salieron ampollas en las manos con el machete y el hacha y todo eso.

VD: ¿Eso lo hizo estando en Irapuato?

HM: No, antes.

VD: Antes de irse, ¿a propósito para irse?

HM: A propósito. Y luego agarraba yo la cal y me la echaba en las manos, entonces llego con el americano y me toca las manos y las siente gruesas, ¿no? “Tú pasas”, y ya me pasaron, ¿no? Y todos los demás los regresaron.

VD: Pero, ¿ellos no eran gente del campo, o por qué los regresaron?

HM: Pues unos sí y otros no. Y ya de ahí nos fuimos a Guadalajara en autobús.

VD: ¿Ese transporte se lo pagaron?

HM: Sí, de Guadalajara, ahí nos quedamos en la Central, bueno, no existía la Central Camionera, era una terminal, no sé cómo se llamaba. Estaba llena de chinches, pero una cosa espantosa de animales, espantosa, espantosa, exageradamente. Yo no dormí toda la noche, yo me la pasé dando... Otro muchacho y yo nos la pasamos dando vueltas de la terminal a un billar. Caminando íbamos y veníamos todas las noches. De ahí nos fuimos al día siguiente en autobús, yo no me acuerdo si a Obregón o a Hermosillo y de ahí nos llevaron en tren hasta Nogales.

VD: ¿En dónde fue que firmó el contrato?

HM: En Irapuato.

VD: O sea, ¿ya desde Irapuato había firmado?, ¿ahí fue donde le hicieron la revisión médica?

HM: Sí, pero después allá en la frontera, otra vez.

VD: También. Y entonces, o sea que de Irapuato salió ya usted con su contrato.

HM: Contratado.

VD: Y bueno, nada más déjeme detenerme un minuto en esto porque yo sé, es que ahorita que mencionaba que no se podía acostumbrar a su nombre, porque yo sé esa historia, pero para un ajeno que nos escuche este relato... Porque a usted ya llevaba entonces el nombre que tiene en el acta.

HM: En el acta, en todos mis papeles.

VD: Pero el nombre que usted no estaba acostumbrado.

HM: No, porque nadie me decía Heleodoro.

VD: Siempre le dijeron.

HM: Siempre me decían Miguel. Eso fue lo malo.

VD: Desde chiquito, ¿verdad?

HM: Desde chiquillo. Yo mi nombre, o sea el nombre que tengo en mis papeles lo conocí cuando yo cumplí dieciocho años, que hice mi servicio militar. Habíamos dos personas en casa, era mi primo que se llama Pedro y yo que me llamaba Miguel, pero él se llamaba Teódolo; todavía vive y le dicen Teódolo, pero su verdadero nombre es Pedro. Y yo era Miguel, o soy Miguel; entonces llegan los documentos para que me presentara a la Defensa, Pedro y Miguel, Heleodoro. Le digo a mi mamacita, en paz descanse, le digo: “¿Quién es Pedro y quién es Heleodoro?”. Dice: “Pues tú eres Heleodoro y Teódolo es Pedro”. O sea, ahí me hubiera podido cambiar el nombre. Entonces cuando yo hice mi servicio militar, pues me empezaron a nombrar ahí por Heleodoro y a mí se me hacía raro, ¿no?, ¿por qué? Porque pues nadie me decía así, pero tuve que acostumbrarme.

VD: Y ya desde ahí cualquier documento oficial ha estado así.

HM: Inclusive en la EXXA, en la constructora, creo que yo nunca estuve registrado como Heleodoro, estuve con el nombre de Miguel.

VD: Pero acá en sus papeles de bracero sí le pusieron Heleodoro.

HM: Ya fue Heleodoro.

VD: Entonces allá en Irapuato firmó su contrato ya con el nombre de Heleodoro y salió de ahí a Guadalajara, me decía, y luego entró por acá por Nogales.

HM: Por Nogales.

VD: Por ahí fue donde cruzó la frontera.

HM: Ahí estuvimos como tres días en Nogales.

VD: Oiga, y cuando llegó a Irapuato, ¿los contrataron de inmediato?

HM: No.

VD: ¿O tuvieron que esperar ahí?

HM: Estuvimos como, no recuerdo, pero estuvimos como dos o tres días ahí.

VD: Y, ¿dónde se quedaron ahí mientras?

HM: Ahí tirados en el campo.

VD: Afuera, había mucha gente supongo.

HM: Sí, muchísima, debajo de los puentes, donde podían, en las alcantarillas, en los portales donde podía uno, ahí se quedaba uno.

VD: Y ya después de esos tres días salieron, y llegando ahí a Nogales entonces, ¿cruzando la frontera se los llevaron en tren?

HM: En tren, no recuerdo si fue de Ciudad Obregón o de Hermosillo, ya nos llevaron en tren hasta allá.

VD: Y, ¿al cruce de la frontera fue donde le tocó la fumigación?

HM: Sí, ahí lo desnudaban. Bueno, fíjese que a mí no me fumigaron.

VD: ¡Ah!, ¿no?

HM: Porque yo iba limpio, llevaba ropa más o menos, iba peinado y a mí no me fumigaron.

VD: ¿Lo separaron, o qué?

HM: Sí, a otro muchacho y a mí no nos fumigaron. Pero a los demás sí, a todos los fumigaban.

VD: A usted le dijeron nomás que se separara.

HM: Agarraron y me dijeron: “Te vas por acá”.

VD: No, pues qué suerte, qué bueno.

HM: Pero a todos los fumigaban.

VD: Luego los volvían a subir al tren, ahí mismo y, ¿de ahí a dónde se lo llevaron?

HM: A un centro de reclutamiento, a donde había unas barracas grandes. Ahí dormían dos, trescientas o quinientas gentes, cada quien en su cama así tirados, camas de esas de campaña. Y nos daban de comer, nos daban desayuno, nos daban todo. En la mañana había que levantarse a bañar, había que arreglarse, había que tender la cama, había que barrer, todo, sí.

VD: ¿A qué hora se levantaban?

HM: Temprano, yo creo que ha de haber sido a las seis de la mañana a arreglar todo. Teníamos, como en el ejército, dejar toda la cama bien limpiecita.

VD: Esto era en Arizona, ¿verdad?

HM: En Arizona, en Nogales, Arizona.

VD: O sea, le tocó ahí luego luego pasando la frontera.

HM: Sí, de ahí, ya el día que nos... Porque yo estuve dos o tres días o cuatro, no recuerdo. Ya cuando dijeron: "Pues se van con este patrón". Entonces nos fuimos, no sé, éramos ciento cincuenta o doscientos. Llegamos para allá de Phoenix a Avondale y entonces iban doce personas para el rancho, especialmente para el rancho. Pero como llegamos de noche, ya íbamos muy cansados, esa gente no quiso esperarse, dijo: "No, nosotros estamos muy cansados, nosotros ya queremos descansar". Porque llegando a Avondale, había una tienda que nos estaba esperando para que fuéramos a comprar...

VD: Comida.



HM: Lo que quisiéramos, ¿no? Yo no sabía nada qué comprar. Yo no sabía qué comprar, yo dije: “Pos, ¿qué compro?”. Lógico, no llevaba dinero americano, pero pos siempre compañeros y todo eso: “No, pues que vamos a comprar harina, vamos a comprar frijoles, vamos a comprar esto”. “Órale pues, vamos a comprar”, todo fiado, todo nos dieron fiado.

VD: En esa tienda.

HM: En esa tienda. Y ya llegamos como a la once de la noche. Entonces los que iban para el rancho dijeron: “No, nosotros ya no vamos al rancho, nosotros ya queremos... Porque ahí en el pueblo había un campo donde se iban a quedar algunos, había casitas y todo eso, y el rancho, pues no sabía uno donde estaba. Y estaba relativamente cerca, unos cinco kilómetros. Entonces yo le dije al mayordomo, le digo: “Si quieres, nosotros nos vamos”. “¿Cuántos son?”. Le digo: “somos nueve”. “Sí, yo necesito doce, consígase otros por ahí”. Entonces fui con los que conocía yo más o menos de vista, que íbamos de compañeros y ya les dije y me dicen: “Pues yo sí”. “Pues yo también”. Nos fuimos once, faltó uno.

VD: Estos nueve, con los que usted iba, ¿de dónde eran, de ahí mismo?

HM: De por ahí de Acatlán.

VD: O sea, era gente de su rumbo.

HM: De más para acá. Yo no los conocía, o sea, fue primera vez que nos juntamos en el camino y platicábamos y todo eso, pero no los conocía. Llegamos allá, como a las once o doce de la noche, muy cansados. Entonces al otro día nos dijo el mayordomo, se llamaba José Gutiérrez, que tenía esta mano, la tenía así y ésta la tenía así, que había sido veterano, era veterano de la Segunda Guerra Mundial, nacido allá, pero de raza mexicana, dice: “Sí quieren trabajar, si no, quédense un

día o dos días y escriban a su casa y ya después van a trabajar”. Nos dieron una...  
En un cuarto éramos seis.

VD: ¿Era como una casita que tenían ahí?

HM: Teníamos un cuarto grande, como este de dos piezas y una cocina. Pues estaba grandecita la cocina, con trastos y agua caliente y todo eso, teníamos todo.

VD: Tenían todos los servicios.

HM: Teníamos todo, teníamos todo, teníamos que hacernos de comer. Entonces yo no sabía hacer nada, ahí aprendí a hacer tortillas de harina, que se pegaba toda la harina en las tablas. Y yo nunca pisqué algodón, porque todos iban a pisar algodón. Entonces yo como sabía manejar tractor, pues sabía algunas cosas.

VD: Eso ya lo sabía de acá.

HM: De acá de México, sí, de la EXXA, ahí aprendí a manejar muchas máquinas. Un día me dice José, dice: “Se va a ayudarles ahí en la engorda”. Entonces me fui, pero terminamos y me regresé a donde yo estaba.

VD: ¿En la engorda de animales?

HM: De ganado, sí. Y regresé a donde estaba yo en el campo, haciendo zanjas y haciendo todo eso, ¿no? Un calorón espantoso, que casi los pollos andaban asados, se los acababan yo creo en las patitas. Y ya regresé y me dice José, me ve ahí: “Y usted, ¿por qué está aquí?”. Le digo: “Pos es que ya terminamos de darle de comer al ganado”. Eran como mil reses, o más; pero con las máquinas les dábamos. “¿Que no le gustó?”. “Sí”. “Pues desde mañana se va para allá y si no le gusta, mando a otro”. “No, está bien, yo me voy para allá”.

VD: O sea que ese rancho era ganadero y además algodonero.

HM: Algodonero, se sembraba algodón, cebada, sorgo, esas tres cosas era lo que se sembraba ahí y ahí estuve los primeros seis meses. Se me cumplió el contrato, no recuerdo si cuando se cumplió el contrato pedí un permiso y me vine, o cuando se cumplieron dos. Me dieron un permiso por cuarenta y cinco días, me vine y ya después regresé con el mismo contrato otra vez ahí.

VD: Entonces nomás como que interrumpió ese contrato.

HM: Sí.

VD: Y estuvo aquí en México. ¿Para qué pidió su permiso?

HM: Para venir a visitar a la familia, eso, ¿no? Y aquí estuve un mes y medio, me regresé por Ciudad Juárez.

VD: Por ahí entró.

HM: Por ahí entré.

VD: Con ese mismo contrato que traía.

HM: Con ese contrato.

VD: Cuando decidió irse para allá, señor Heleodoro, además de que usted oía lo que la gente decía ahí, pues que se estaban yendo y eso, ¿qué fue lo que lo animó a usted a irse para allá?

HM: Pues en parte la necesidad, porque donde yo estaba en Poza Rica se había inundado, no tenía yo trabajo, no tenía yo dinero. Pedí para irme, pedí prestado

para irme. La familia, pues estábamos mal porque yo era el único que trabajaba, algunas de mis hermanas estaban en la escuela; entonces con lo que yo ganaba, no alcanzaba. Bueno, nunca ha habido dinero que alcance definitivamente, ¿no?, pero en ese tiempo estaba mal, y allá, pues ganaba yo, no recuerdo pero \$10 ó \$15 dólares diarios.

VD: ¿Usted sabía de ese salario que se iba a ganar?

HM: No.

VD: ¿Qué idea tenía usted?, porque, ¿qué decía la gente? O sea, los que ya se habían ido.

HM: De por ahí se habían ido dos personas, un pariente ya lejano, ¿no? Y yo lo vi cuando regresó, arregló su casita. Y otro del pueblo, de ahí de Metepec todavía, no, ya no vive ese señor, ninguno de los dos vive. Ahí hicieron su casa bonita, bueno, más o menos bonita. Entonces la casa de donde yo nací era de adobe, es todavía, porque todavía existe. Entonces pues a mí me nacieron ciertas ilusiones si usted quiere, ¿no?, y ambición. Y dije: “Bueno, pues si ellos se fueron, pues yo también a ver si puedo irme, ¿no?”. Y pues gracias a Dios me fue más o menos bien.

VD: ¿Cómo se imaginaba usted que era Estados Unidos?, ¿qué se imaginaba que se iba a encontrar por allá?

HM: La verdad, yo nunca me imaginaba cómo era Estados Unidos, nunca.

VD: ¿Nunca pensó qué se iba a encontrar? O qué tipo de... O sea, el trabajo pues usted sabía que era del campo, supongo pero, ¿se imaginaba pues cómo iba a ser allá?

HM: No, fíjese que no. Yo no me imaginaba ni si les iba a entender o no les iba a entender, yo no conocía.

VD: ¿Nunca pensó esas cosas?

HM: Ni las monedas conocía, yo cuando tuve que pagar en las tiendas, para mí fue muy difícil, muy difícil. Luego tantas cosas que le platican a uno, ¿sí? Entonces yo después cuando ya empecé a conocer y todo eso, lo más que lo invitaban a uno era a la cantina, y sí, yo en ese tiempo, pos iba yo a la cantina, ¿no? Me tomaba no sé cuántas cervezas, pero fui aprendiendo, fui mirando todo eso. Ya después me quedé yo solo a vivir en el rancho, solito, seis meses estuve solito viviendo ahí; no tenía yo con quién platicar ni de día ni de noche.

VD: ¿En este mismo rancho de Arizona?

HM: En ese mismo rancho de Arizona.

VD: ¿Por qué se fueron sus compañeros?

HM: Todos se vinieron.

VD: ¿Ya no quisieron renovar su contrato?

HM: No, ya no quisieron.

VD: Y, ¿no les llegó más gente ahí, nuevos braceros?

HM: No ya no, ya no quisieron.

VD: ¿Seis meses estuvo sin hablar ahí con nadie?

HM: Seis meses. El mayordomo se fue para el pueblo, compró casa, el hermano también, Gustavo, el compadre también, entonces yo me quedé solito. De vez en cuando, bueno, en el día habíamos más trabajadores, ¿no?, pero ya de allá. Pero casi no platicaba con ellos.

VD: ¿Era gente también como el mayordomo, nacidos allá?

HM: Nacidos allá o Tejanos.

VD: Y, ¿hablaban español?

HM: Algunos.

VD: ¿Cómo se llevaba con ellos?

HM: Bien.

VD: ¿Nunca tuvo problemas?

HM: Nunca tuve problemas con ellos, con Gustavo, Gustavo era de Zacatecas, era el que le digo que tenía cuatro o cinco hijos. Y debe de haber por ahí una foto de ellos. Entonces el mayordomo me tuvo mucha confianza, el patrón también, Kate Siebel(??) se llamaba, por ahí tengo el papel firmado por él, de cuando yo vine con permiso.

VD: El permiso que le dieron.

HM: El permiso que me dio.

VD: ¿Cómo dice que se llamaba?

HM: Kate Siegel, él vivía ahí en Avondale y este, y regresé; digo, me tomaron mucha confianza. Entonces yo me quedaba solo ahí en el rancho, había maquinaria, había camiones, camionetas, todo eso. Entonces yo cuando tenía que ir al pueblo pues agarraba una camioneta y me iba al pueblo porque me dejaban las llave.

VD: ¿Cuál era el que le quedaba más cerca?

HM: Avondale, y había otro pueblo cerquitas pero es de puros ricachones, ¿cómo se llama? Cerquita, dos, tres kilómetros, como a dos kilómetros del rancho, Beachfield(??) o algo así se llama y Phoenix, estábamos a veinte o veinticinco kilómetros de Phoenix, así. Y le digo, ahí a uno me quedé bastante tiempo solo, me fastidié, me daban otro contrato pero pues estar solo, viviendo solo, nada más escuchando el radio en inglés, porque en aquel tiempo no había estación.

VD: ¿No llegaban estaciones de Nogales?

HM: Una sola estación había, que se escuchaba en español, pero todo lo demás era inglés.

VD: ¿Se escribía con su familia?

HM: Sí, sí, a mi mamá sobretodo le escribía por lo menos una vez al mes.

VD: Y, ¿qué le decía ella?, ¿no le decía que se regresara?

HM: Sí, mi mamá me quiso mucho, mi mamá que en paz descansa.

VD: ¿Qué le dijeron cuando decidió irse para allá, señor Heleodoro, sus papás?

HM: Todos lloraban, mi mamá y mis hermanas lloraban, sí.

VD: No querían que se fuera.

HM: No querían que me fuera. Fue triste, pero aquí estamos.

VD: ¿Su papá qué le decía?

HM: No, ya no vivía.

VD: Ah, ya no vivía. Ah sí, ya me había dicho, murió antes, sí me dijo.

HM: Yo tenía como once años, once o doce años cuando él murió.

VD: Y, ¿le mandaba el dinero a su mamá cuando estaba allá?

HM: Sí.

VD: ¿Cómo se lo mandaba?

HM: Por correo o por telégrafo, sí. Había una oficina de telégrafos ahí en la estación de Apulco. O sea la estación de Apulco y Metepec, el ranchito está en medio, entonces había más conocidos en la estación de Apulco que en Metepec, pues no había muchos, pero no había correo ahí, siendo el municipio no había correo, creo que ni hay.

VD: Todavía.

HM: No sé, ya tiene muchos años que no paso al pueblo, me paso por la carretera. No, no voy al pueblo. Y en la estación de Apulco, siempre hubo correos y telégrafos, porque era la estación del ferrocarril.

VD: Ah, okay.



HM: Que ahora ya no hay ferrocarril y ahí el jefe de correos conocía bien a mi mamá, a toda la familia y entonces les mandaba yo el dinero por telégrafo o por correo.

VD: Ahí ella lo iba a recibir.

HM: Ya después de Arizona me regresé, estuve aquí un tiempo.

VD: ¿Se regresó al rancho?

HM: Al rancho.

VD: ¿Con su familia?

HM: Al rancho y luego me vine aquí a México. Estuve trabajando ahí por La Lagunilla.

VD: ¿Qué estaba haciendo?

HM: Hacíamos coladores de esos de maya.

VD: ¿Para la cocina?

HM: Desde el más chiquito hasta los más grandotes, era de un señor que se llama Ricardo Cuetara.

VD: ¿Tenía una fábrica pequeñita?

HM: Que se fue a Cuba, y Castro le quitó todo cuando expropió todo en Cuba y regresó el señor aquí sin nada.

VD: ¿Era cubano él?

HM: No, era español, era de los Cuatros de la galleta esa. Yo estuve trabajando ahí y un día me avisan que iba a haber contrataciones otra vez.

VD: ¿Quién le avisó, se acuerda quién le dijo?

HM: No recuerdo.

VD: ¿Cómo fue que se vino usted para acá?, ¿cómo decidió venirse de allá del rancho?

HM: Pues la necesidad, pero en aquel tiempo era más fácil aquí en México. Era más fácil.

VD: ¿Pero tenía usted conocidos aquí?

HM: Algunos, algunos.

VD: Con ellos llegó.

HM: Con ellos llegué, ya busqué trabajo y lo conseguí. Trabajé en esa fábrica y de ahí me fui otra vez y se fueron dos o tres conmigo.

VD: ¿De ahí de donde trabajaba?

HM: De esa fábrica se fueron dos o tres, pero unos pasaron y otros no. Entonces nos fuimos a Empalme, Sonora.

VD: O sea que de aquí del D.F. [Distrito Federal] usted pagó su pasaje hasta Empalme.

HM: Hasta Empalme.

VD: Y, ¿cuánto tiempo estuvo ahí antes de que lo contrataran?

HM: Como ocho o quince días.

VD: ¿Ahí dónde se quedaba?

HM: En el campo, bueno, no en el campo, en una huerta debajo de los arbolitos, o ahí tendidos. Sí, tengo ganas de ir a Empalme un día, porque la casita era de unos ferrocarrileros, tenían un furgón o dos y tenían una huertita. Entonces había unos árboles chiquitos como esos que están ahí enfrente, si se quedaba uno debajo de los árboles, le cobraban creo \$0.60 centavos y si se quedaba uno sin árbol, eran creo \$0.20 ó \$0.30 centavos y se nos estaba terminando el dinero cuando nos contrataron. Lo mismo que acá en Irapuato, la lista entró entreverada con otra, pero era mucha gente, mucha gente, al grado de que del sudor se quitaba uno la camisa y la exprimía.

VD: Un calorón.

HM: Era un calor tremendo y toda la gente así amontonada. Entonces el día que nos contratamos, o nos contrataron, yo estaba arriba en un poste de esos durmientes del ferrocarril, había un alambrado hasta donde llegaban los aspirantes a braceros y luego estaban las oficinas. Ahí estuve como desde las cinco de la mañana y yo me subí a un poste, por el calor que estaba haciendo abajo, y había una llave de agua que era agua media salada y alguien pateó una botella de esas de tequila. Entonces le digo a mi primo: “Mira, ahí está una botella”. “¿A dónde?”. “Pues ahí, recógela”. Ya recogió la botella, fue y la llenó de agua a la llavecita esa, y le echó unos tragos y ya me dio a mí y estaba fea el agua, pues era salada, media salada. Era agua que tenían ahí, pero no era agua potable.

VD: O sea que este primo que llenó la botella es el mismo que se había ido antes con usted.

HM: Ese mero.

VD: Se volvieron a ir juntos.

HM: Pero la primera vez no pasó, ya la otra ya pasó.

VD: Esta vez sí pasó. ¿Pagaron, esta vez sí le pagó a alguien, cuando estaba aquí en la Ciudad de México?

HM: Sí.

VD: ¿Aquí en...

HM: Al mismo señor, al mismo señor de allá.

VD: De allá de Acatlán.

HM: De Acatlán.

VD: Con ese mismo arregló.

HM: Con ese mismo.

VD: Y él fue el que le dijo que se fuera a Empalme.

HM: Nos fuimos muchos, íbamos como, yo creo que más de quince autobuses.

VD: ¿De ahí de Acatlán?

HM: De todo ese rumbo.

VD: Y a todos esos los mandaron ahí a Empalme.

HM: A todos. Muchos pasaron y muchos no.

VD: Muchos se quedaron. Y entonces, ¿dónde se tomó esa agua?

HM: Después se va mi primo y llenaba la botella y la vendía a \$5 pesos. Hasta que le dije: “Ya párale mano, Dios nos va a castigar”. Y ya dejó de vender agua, pero mientras estuvimos... Es que mire, se llegó el día en que ya no teníamos ni para comer. Había un mercado que le nombrábamos el Mercado Negro, pero, ¿sabe por qué se llamaba el Mercado Negro o le pusimos, o le puso la raza? Porque estaba negro de moscas. Cobraban no sé si \$0.80 centavos ó \$1 peso por la comida. Era un plato de frijoles negros, a veces con un pedacito de carne y no sé cuántas tortillas y agua. Y si no se apuraba, las moscas se acaban la comida.  
(risas)

VD: ¿Ese era un mercado que estaba ahí cerquita?

HM: Ahí cerca, pasando las vías.

VD: Un mercado establecido.

HM: Un mercado establecido, por eso le decíamos el Mercado Negro. Ahí estuvimos y pasamos, entonces me fui a San Luis Obispo, me tocó y me dieron contrato por seis meses.

VD: Le dieron contrato grande.

HM: Ahí me tocó, eran unas pambas espantosas. Empezábamos a veces antes de las siete de la mañana y a veces eran las diez de la noche y seguíamos trabajando en el apio.

VD: ¿Le tocó cultivarlo?

HM: Desde cultivarlo, bueno, desde sembrarlo hasta cosecharlo.

VD: ¿Sólo apio ahí?

HM: Había apio, había lechuga, había flor, había muchas cosas; pepino, pero lo que más se cultivaba era el apio y como yo era de los más altos, entonces nos seleccionaron un grupo de tapeadores para cortar el apio. Ya ve que el apio le cortan la raíz.

VD: ¿Cómo dijo, tapeadores?

HM: Tapeadores.

VD: ¿Así le llaman?

HM: Así le nombran. Entonces agarra la mata, la levanta y le dan un machetito así y le corta el tronquito y si se le pasa, se deshoja el apio y ya no sirve, hay que tirarlo. Cuando no lleva guante, las uñas se le despegan y la yema de los dedos se le acaba, yo anduve porque pues no sabía, de las siete u ocho, hasta las diez de la mañana y pues yo veía que los otros le entraban duro, pero llevaban guante de hule, de látex, y yo no llevaba.

VD: ¿Nadie le dijo que tenía que usar guantes?

HM: Nadie, ni el mayordomo. Era un japonés mugroso, que nos odiábamos, o era porque llegamos allá... Bueno, primero le cuento eso. Entonces Madrigal me ve y me dice, ¡ah!, porque me estaba desmayando, yo quería trabajar igual que todos, ¿no? Pero ellos unos ya tenían cinco años ahí. Entonces yo quería ir al par de ellos y me ve Madrigal que llego con una frazada a subirla a la tráila.

VD: ¿Quién era Madrigal?

HM: Un compañero.

VD: ¿De allá, allá lo conoció?

HM: Sí, pero era de Guadalajara y me dice: “¿Qué te pasa?”. Yo odiaba el apio, lo odiaba a muerte, porque el primer problema que tuve fue por eso y yo no quería ni verlo. Me daba hasta nauseas ver el apio. Entonces agarra y me dice: “¿Qué te pasa?”. Yo me quedé, nomás eché la frazada y me quedé así, ya me iba a caer y va Madrigal y me agarra, me dice: “Siéntate”. Ya me sentó ahí en el surco, agarra unas cañitas de apio, las pela y me dice: “Cómete esto”. “No mano, a mí eso no me gusta”, le digo. “Cómetelo”. Pues ya empecé a masticar el apio y haga de cuenta que me abrieron los ojos así rápido y ya me sentí con fuerzas, ¿no? Y yo he sido malo para desayunar. Yo en la mañana le desayuno una taza de café o un vaso con leche, o a lo mejor un par de tibios, que casi nunca los acostumbro. En un año yo creo que si me como a lo mejor un par de huevos, en un año es mucho. Entonces yo iba a desayunar, teníamos el comedor así enfrente de la barraca donde vivíamos doce personas. Pero éramos como trescientos ahí en ese campo.

VD: Trescientos. Pero, ¿en las barracas vivían en grupos de trece?

HM: De doce o diez o quince o veinte, cada quien su cama y así vivíamos. Y teníamos un comedor enfrente, había los baños comunitarios. Entonces ya me, yo iba a desayunar y llegaba yo: “Déme un café con leche o un vaso de leche o un jugo de

esos enlatados”. “¿No va a desayunar?”. “No, pues ese es mi desayuno”. Y a veces compraba yo un jugo y me lo llevaba, entonces por eso me estaba desmayando. Ya Madrigal me da eso y me compuse rápido y me dice: “¿Sabes qué?, ¿no traes guantes?”. “No mano”, ya agarró y se quitó uno y me lo dio. “Póntelo”, ya mis uñas ya se habían despegado casi a la mitad y las yemas cuando llegó el almuerzo, la comida o no sé, yo no podía agarrar unos tacos de tortilla de harina que nos mandaban. Yo no la podía agarrar porque pues se quemaban mis dedos, ¿no? Y ya fui aprendiendo, después éramos como ocho compañeros, Madrigal, Ramón, Samuel, y no sé quién más, y yo. Y diario nos echaban uno nuevo, diario, diario, diario, porque no había quién aguantara a trabajar toda la semana ahí en ese trabajo. Y ya el que aguantaba cuatro días, era mucho, pero lo más, tres días. Tres días porque eran una pambas al grado de que llegaba uno en la tarde o en la noche, y muchos se quedaban sentados, con perdón suyo, en la taza del baño y ahí amanecían sin bañarse, sin comer, sin nada. Los pantalones *Levi's* que usábamos eran batidos de lodo de arriba abajo. Usábamos gorras de esas de orejeras y un paliacate, porque se llegaba el momento que lo único que se nos veía eran los dientes y los ojos. No nos conocíamos entre compañeros, batidos y al otro día decían: “Yo no voy a trabajar”.

VD: Y se quedaban.

HM: Y se quedaban sin trabajar porque era muy duro. Muchos que el betabel, mentira, o sea, a nosotros nos daban un contrato forzoso. Se necesitan cuarenta tráilas o cincuenta en la empacadora. Era lo que teníamos que meter, y a mano, no había máquina. Si había máquinas, las máquinas hacían menos que nosotros, que ese grupo. Éramos el grupo número uno en ese condado y al grado de que muchos mejor renunciaban y se venían. Ganábamos bien cuando el apio estaba bueno, pero cuando el apio ya estaba un poco saltado, ya pasado, trabajábamos todo el día y parte de la noche y no ganábamos casi nada y teníamos que pagar comida y teníamos que pagar todo.



VD: Y, ¿vio mucha gente que se regresó, que desertó?

HM: Sí, muchos, muchos se regresaron. Y yo, bueno, no yo, algunos quedamos ahí cuando... O sea, a mí me respetaban, prácticamente me tenían como líder si usted quiere, después. Porque yo, cuando llegamos que me llevaron al escrache(??) del apio, primero la lechuga, a desahijar lechuga. Ahí fue donde tuve el problema con el japonés, porque fue un Miércoles Santo, por cierto. Nunca se me olvidará eso, nunca había trabajado en Miércoles Santo y ese día fue mi primer día de trabajo. Iba un muchachito de Guerrero, de Morelos, como de unos quince años yo creo, yo lo vi muy jovencito y cortó unas matas de lechuga con el azadón y el mayordomo fue y le dio una cachetada, el japonés. Jorge se llamaba, entonces yo vi y me le fui con el azadón, yo se lo iba a sorrajar(??).

VD: ¿Por qué le pegó al otro?

HM: Porque había cortado unas matas de lechuga con el azadón.

VD: Y, ¿no se debe de cortar así?

HM: No, pues debe dejar la lechuguita a veinte centímetros más o menos. Entonces, pero pues le dan un azadón, del azadón así, a veces se le pasa y se lleva la lechuga. Entonces a mí me dio mucho coraje y yo le iba a sorrajar el azadón, a lo mejor me hubiera dado mis patadas, pues era un japonés, pero yo en ese momento no pensé y ya me agarra Madrigal precisamente. Fue cuando ya pos me fijé en él, ¿no? Me dice: “No mano, te vas a meter en problemas”. Y ya, fue el primer día de trabajo en esa empresa. Entonces se fue el mayordomo y nos dejó ahí, le dijo a Madrigal que comiéramos y nos dijera que nos fuéramos al rancho. Estábamos pos a dos kilómetros del ojo del rancho, ¿no?

VD: ¿Cómo se iban, caminando?

HM: No, pues quería que nos fuéramos caminando, entonces Madrigal dijo: “No muchachos, no se vayan”. Porque éramos tres, un tabasqueño, León Sosirino Díaz se llamaba por cierto, y otro muchacho que no puedo acordarme de él que era de Guanajuato. Dice: “No se vayan”, dice, “porque si se van, les va a acusar de abandono de trabajo, así es que espérenlo”.

VD: ¿Eran sólo tres que estaban trabajando ahí?

HM: No, éramos muchos, pero nada más a tres nos despidió porque los tres nos habíamos metido a defender a ese muchacho.

VD: ¡Ah!, entonces después de eso él les dijo que se fueran, éste japonés, ¿hablaba español?

HM: Poco, poco. Y no nos fuimos, llegó y le dije, le dice a Madrigal: “¿Qué pasó?”. “No, pues no quisieron irse, que hasta que los lleves en la camioneta”. Entonces ya se subió a la camioneta y dice: “Súbanse”. Y nos llevó pero echo en la cochinilla, que hicimos yo creo un minuto o medio minuto, pero iba atravesando surcos y todo y ya llegamos y nos tiró ahí en el rancho. Estuvimos ocho o quince días sin trabajo.

VD: ¿Ahí los tuvo así?

HM: Ahí nos tuvo estancados, no nos dio trabajo. Entonces un día el mayordomo general, se llamaba Alex, un portugués grandote. Y un día le dije a la cocinera, se llamaba Linda: “Oiga Linda, dígame a Alex que quiero hablar con él”. “Sí, cómo no”, era colombiana. Ya llegó Alex y le dijo Linda: “Este muchacho quiere hablar con usted”. Y él entendía el español, pero no lo hablaba. “¿Qué pasó?”. “No, pues esto y esto y esto”, y ya le dije todo, ¿no? Le dije pues total, yo le dije: “Mire, si quiere, que nos manden a México, pero nosotros ya no queremos estar aquí sin trabajo y pues debemos la comida y todo eso, ¿con qué vamos a pagar? O que nos

lleven al consulado o a ver a donde”. Y ya se quedó escuchando, me dice: “No”, dice, “ustedes no se van, déjenme ver”, dice, “casi es seguro que mañana trabajan. Si yo no sabía de esto, ¿cómo estuvo?”. “Pues así y así y así”, ya le dije todo. “No, pues yo no sabía”. Entonces al otro día me habla: “A ver, Martínez, súbete a la camioneta”, y Leonso, y al otro muchacho le llevó a otro rancho y a Leonso y a mí nos llevaron a otro, con otro portugués. No, pues ahí estuvimos bien conchas porque nos daba trabajo sin quien nos cuidara, a piscar chícharo, a poner hilo al chícharo. Luego no sé quién le diría que sabía yo manejar tractor, me dio el tractor, un tractor chiquito. Había un campo de avionetas para cortar todo el zacate de las pistas y todo eso. Pero él no pertenecía a la Asociación de Braceros, quería que nos quedáramos con él. Rentó una casa en la playa ahí en... ¿Le sirvo más agüita? Ahí en, ¿cómo se llama?, en Piedmond. Una casa preciosa, pero no nos dejaron, no quisieron. Estuvimos con él, toda la temporada mala estuvimos con él, ahí en el rancho no había trabajo, los compañeros en veces sacaban hasta cero en el cheque.

VD: ¿Los que se quedaron en el apio?

HM: Los que se quedaron en el apio, porque todavía no era tiempo de cosecha. Y nosotros pues allá sacábamos cuando menos \$60 dólares a la semana o a la quincena, ya no me acuerdo. Y la comida nos la llevaba él, nos llevaba agua en el día, nos llevaba al monte. Por allá nos dejaba cortar estacas para el chícharo y allá nos dejaba todo el día y en la tarde iba a recogernos. Nos dejaba una camioneta que la llenáramos y ya iba por nosotros. “Llévate una camioneta”, y yo me llevaba una y él se llevaba otra. Y ese patrón, cuando ya no pudimos estar con él, me recomendó con Alex y con Jorge. Por eso a mí me dieron tapeo de apio, si no, no me hubieran dado tapeo de apio.

VD: Tapeo es...

HM: El cortar para la empacadora, porque a mí me odiaba el japonés.

VD: O sea que llegó primero y lo pusieron a cortar apio.

HM: No, eso ya fue después, primero a plantar.

VD: ¡Ah!, y plantando fue cuando tuvo el problema.

HM: Cuando tuve el problema.

VD: O sea que plantar es más pesado.

HM: Es pesado desde que lo planta, porque es como una ramita de cilantro, así de grande. Le llega aquí su frazadita, va el agua detrás de usted en el surco, lleva botas de hule, lleva la frazadita y agarra una ramita y la mete con el dedo en la tierra. Entonces ya no sabe si tiene uña o ya no tiene, lo tiene que agarrar la ramita así en la raíz y enterrarlo, y apúrenle porque viene el agua atrás y si no se apura, pues va a ser un atascadero.

VD: Por eso es que necesitan guantes.

HM: No, eso es para el tapeo.

VD: Ah, ya.

HM: Para sembrarlo no, para la plantación no. Después de la plantación viene el escrache y ya después ya del escrache ya va creciendo y ya nada más se limpia de vez en cuando.

VD: ¿Qué es el escrache?

HM: A limpiarlo, que no tenga hierbas, que no haya dos matas juntas, todo eso.

VD: Y ya al final viene el tapeo que le llaman.

HM: Al final viene el tapeo.

VD: Ahí es donde necesitan los guantes.

HM: Ahí es donde se necesitan los guantes porque las uñas se le caen.

VD: Y, ¿sí les daban los guantes o ustedes se los tenían que comprar?

HM: Creo que los teníamos que comprar. No nos daban guantes, teníamos que comprarlos.

VD: Entonces ya cuando los recomendaron, lo pasaron a...

HM: A tapeo y ya después me dieron, yo manejé la carapila [caterpillar] que le nombran. Es el tractor grande ese de bandas como tanque, porque teníamos, bueno, había un americano que era sordito, era el operador y cuando había mucho trabajo a veces no oía y salíamos a la orilla o nos quedábamos los que íbamos levantando el apio y él se seguía y no nos oía. Entonces un día dijeron: “¿Quién es el que sabe manejar?”. Entonces ya dijo Madrigal: “No, pos Heleodoro”. Y ya me subí al tractor y empecé a trabajar y ya después pues todos los trabajadores querían andar conmigo porque terminábamos un poco más temprano. Pero pues a mí no me convenía porque me pagaban por horas y ellos ganaban por destajo.

VD: Por destajo.

HM: Y ahí estuve, por ahí tengo el contrato, se me hace que ocho meses estuve ahí.

VD: ¿Se lo renovaban?

HM: No, entré.

VD: ¿O fue un contrato largo?

HM: Entré por seis y me dieron todavía otro periodo después, pero ya sin contrato, porque ya no quise renovar contrato.

VD: Estuvo trabajando libre, digamos.

HM: Libre, sí. Pero en el contrato está sellado hasta la fecha que salí. De ahí me regresé, estuve aquí otro tiempo y me volví a ir.

VD: Cuando se regresaba, ¿volvía al rancho o volvía aquí a la ciudad?

HM: Esa ocasión estuve como un mes ahí en el rancho y ya me vine para acá.

VD: Otra vez a la ciudad.

HM: Otra vez a la ciudad.

VD: ¿Volvió a trabajar donde estaba antes?

HM: No, en ese tiempo trabajé en una maderería ahí en Azcapotzalco. Y después de ahí entré otra vez a la misma fábrica donde había yo trabajado antes, pero ya era de Vasconia, en ese tiempo se llamaba Vascolor. Fue cuando empezaron a hacer los vasos de colores, de aluminio.

VD: Ay, tan bonitos esos vasos.

HM: Esos, y charolas y todo eso. Pero nosotros hacíamos puro colador, éramos especialistas en eso. Pero ahí se hacía todo, los troqueles y todo. De ahí, volví a ir a Estados Unidos, pero esa ocasión nos fue muy mal, nos tocó ahí en Ripley.

VD: ¿En Ripley dónde es?

HM: Ahí cerquita de Los Angeles, cerquita de Hollywood, de Hollywood por ahí. Era contrato no me acuerdo si para tres o seis meses y nos dieron, el algodón estaba así de chiquito y otro grandote, el pima, pero no sacábamos nada definitivamente ni para comer, porque no estaba bueno el algodón.

VD: O había demasiada gente además.

HM: Mucha gente, éramos más de cien.

VD: Y no salía.

HM: Había diez acres de algodón pima, ¿para qué nos servían, para cien personas? Y el mayordomo era un negro que nos trataba con la punta del zapato.

VD: ¿Hablaban español con ustedes?

HM: Hablaban algo de español. Entonces ahí estuvimos ahí quince días o veinte, o cerca de un mes, no recuerdo. Pero eso sí, de lo poquito que ganábamos, nos descontaban todo. No ganamos nada, nada, nada, al grado que no traíamos ni para el pasaje. Entonces un día les dije: “¿Saben qué?, ¿nos vamos?”. Pos todos me siguieron, todos me siguieron, ya no quisimos pisar porque pues sí, no ganábamos nada, pura basura era lo que había y todos me siguieron y queríamos que nos llevaran al consulado y no quisieron.

VD: ¿A quién le dijo usted, al mayordomo?

HM: Al mayordomo.

VD: A este hombre negro.

HM: Al negro. Entonces nos trajeron a, no sé si a Caléxico o a Mexicali, o no sé a dónde. No me acuerdo a dónde, creo a Mexicali, hasta ahí nos trajeron. Ya de ahí dejaron.

VD: ¿Pero nunca los llevaron ni con el cónsul ni...?

HM: Y ahí debíamos de haberlos demandado. Porque no cumplieron con el... pero pues éramos ignorantes.

VD: ¿Usted no sabía de su contrato?

HM: No sabía.

VD: ¿No lo había leído?

HM: No.

VD: Y, ¿alguna vez le explicaron cuando se contrató con quién podía ir si tenía problemas?

HM: Nada, nunca nos dijeron nada, nunca. Y esa ocasión nos fue muy mal, entonces regresamos a Empalme, ahí estuvimos un tiempo, permítame tantito.

VD: Sí.



HM: No me acuerdo cuánto tiempo, ¡ah!, cuándo salimos, no sé si en... ahí en el lugar donde le nombraban el centro, ahí nos encontramos con un pariente, pero él creo iba para allá. Y llevaba dinero y él nos dio, creo \$5 dólares a mi primo. ¡Ah!, porque mi primo y yo estábamos separados en lugares distintos y el mismo día nos encontramos ahí, fíjese, por suerte; pero nadie traíamos dinero.

VD: ¿Él por qué?, ¿él ya había acabado?

HM: No, también le fue mal.

VD: Y también decidió irse.

HM: También se regresó y nos encontramos ahí. Y entonces encontramos a mi primo y nos dio \$5 dólares a cada uno y ya llegamos a Empalme con ese dinero. Bueno, de ahí de Caléxico yo creo, nos fuimos a Empalme y ahí llegamos, pues ya conocíamos a la gente, ¿no? Donde habíamos estado en esa casa, ahí estuvimos, entonces no sé quién les dio unos papelitos de Gobernación. ¡Ah!, nos mandaron a piscar algodón a Valle del Yaqui.

VD: Esta, déjeme nomás preguntarle una cosa, esta última vez que lo mandaron ahí a en Ripley, California, ¿entró también por donde, por Empalme?

HM: Por Empalme.

VD: Ah, ahí estuvo, entró y ahí se regresó.

HM: Sí, ahí me regresé.

VD: Y, ¿quién le dijo que se fuera a piscar el algodón?, ¿cómo se enteraban?

HM: Ah, no me acuerdo, me llevaron a piscar algodón al Valle del Yaqui ahí cerca de Obregón supuestamente quince días y estuvimos más de un mes. Nos daban tres tortillitas o un platito con comida, una taza de agua o de café y no había más. Y ni comprado, porque había un lugar de los estos, ¿cómo se llaman?, de los yaquis de Sonora, que vendían cosas, pero no nos dejaban ir a comprar, nos tenían como esclavos.

VD: Y, ¿dónde dormían?

HM: En una barracan gigantesca de lámina, que era un calor espantoso. Una ocasión hubo un ciclón, ¿ha visto la película de cuando metieron la vía para Sonora, todo eso?, ¿Viento Negro?

VD: No.

HM: Véala. Así nos agarró una tormenta de arena espantosa en la noche, truenos y todo eso. Yo llevaba unas sábanas, era un mosquero pero horrible, horrible, horrible, un flaquito que usted ya lo haya visto, que en veces va con nosotros, se llama Celso López. De vez en cuando va porque él vive en Poza Rica, allá en Cazones, para allá de Poza Rica, ahí vive ése señor, nos tocó piscar algodón ahí a él y a mi juntos, y mi primo en otro lado y a mi tío también, a mi tío Eliseo. Y entonces una noche hubo una tormenta muy fuerte, muchas cobijas se las llevó el aire, quedaron sin nada. Yo me envolví en una sábana porque estaba yo acostado encima de la poca ropa que llevaba.

VD: ¿Esas sábanas las llevaba usted?, ¿las traía cargando desde México?

HM: Sí, y llevaba yo un portafolio grandote de esas maletas, que en aquel tiempo no había de esas de cargar sino de esas de...

VD: Nomás de asa.

HM: Y en la mañana nos levantamos batidos de arena, nos fuimos a piscar y un señor que tenía su dinerito lo puso debajo de su cabecera. Cuando el aironazo levanta su cabecera, no sé qué tenía de cabecera, alguna maleta o algo, y se le olvidó el dinero y se lo llevó el aire. Entonces nos vamos, y ahí iban comentando que ese señor había perdido su dinero. Nosotros no teníamos nada, pues ganábamos apenas para pagar la comida, no ganábamos para más. Veinte o treinta kilos diarios de algodón, ya los buenos piscaban cincuenta o cien, pero nosotros no. Yo al menos no, porque los dedos se le acaban. Ya ve cómo es el capullo del algodón en aquel y era muy pesado. Bueno, entonces le digo a Celso, que encontráramos ese dinero, íbamos caminando, aparece y me dice: “Cállate, yo ya encontré \$50 pesos”. “¿A qué horas?”. Pues íbamos juntos así caminando y yo nunca lo vi que se agachara, pues ya llevaba \$50 pesos. “Mira, aquí los traigo”. “Híjole mano”, le digo, “¿se los damos?”. “No”, dice, “si no tenemos para comer”. “Bueno, pues ya ni modo”, y nos quedamos con los \$50 pesos.

VD: ¿Ya no encontró más después?

HM: No, ya no. No pos si había montones de arena por todos lados. Ahí estuvimos más de un mes y un día no nos quería llevar el mayordomo. Yo me hice amistad de un muchacho cuñado del mayordomo, era el que me pesaba el algodón. Entonces sí, si llevaba yo diez o quince kilos pues me echaba otros dos o tres kilos de más y ya nos daban a Celso y a mí, ya nos pagaban algo más de comer. Nos dejaban dormir arriba de la azotea que no llegaban muchos moscos y cositas así, ya podíamos ir a comprar a la tienda, pero nada más nosotros, los demás no.

VD: ¿No los dejaban salir?

HM: No nos dejaban ir a comprar. Es más, tenían prohibido que nos vendieran. Para bañarnos teníamos que acarrear agua del canal de riego, porque aunque se podía uno bañar en el canal, no lo dejaban, estaba prohibido. Y si lo encontraban

bañándose eran seis meses de cárcel en Empalme, en Guaymas, seis meses de cárcel. Ya el día que hicimos prácticamente un paro, de que pues nos llevaban porque éramos por quince días y teníamos más de un mes y no nos llevaban. Entonces hicimos un paro y le dijimos, le exigimos que nos llevara, dijo que el camión estaba descompuesto, un camión de redilas y le dijimos: “¿Qué tiene?”. Ya sabe que entre los mexicanos no falta quién sepa algo, ¿no?. “No, pues que se rompió el resorte”. “A ver, vamos a ver el resorte”. Pues lo arreglamos el camión.

VD: ¿Cuántos se juntaron esa vez para protestar?

HM: Íbamos, el camión iba atestado de gente.

VD: Y quién, ¿entre ustedes empezaron a organizarse?

HM: Entre nosotros, iba así el camión que no cabía un alfiler. Entonces de enojado que estaba el mayordomo, no recuerdo a qué hora salimos de ahí, nos llevó entre el breñal, entre el monte, con peligro de que hasta los ojos nos sacáramos en las ramas de los huisaches y árboles y todo eso.

VD: ¿Era un camión de redilas?

HM: Un camión de redilas. Entonces yo me fui en la parte de atrás pero afuera, colgado nada más de las redilas, pues estaba yo joven. Pegaba unos saltos tremendos el camión, a veces quedaba yo colgado. Pero llegamos a Empalme ya tarde, batidos de arena así, batidos de arena, una cosa espantosa y nos dieron nuestro papelito donde decía: “Fulano de tal cumplió en el campo número tantos y así y asado”.

VD: ¿En el mismo centro de contratación de los braceros les daban ese papel?

HM: No, ese se lo daba el patrón creo, ya no me acuerdo y ese lo presentaba al centro de contratación. El que no llevaba ese papel, no le daban contrato.

VD: Permítame un segundo, señor.

**(entrevista interrumpida)**

VD: Me decía usted entonces ya que los llevaron al centro de contratación con la hojita que les dieron.

HM: Ahí presentamos la hojita y resulta de que no pasamos.

VD: ¿Por qué?

HM: Porque ellos dijeron que no, y nos regresaron.

VD: ¿Aunque ya habían ido a piscar ahí?

HM: Aunque ya hubiéramos ido a piscar y nos rechazaron. Volvimos a hacer el intento, le borramos a la hojita porque era una hoja así, de una hoja tamaño carta sacaban cuatro tramos. Le ponían el sello de Gobernación, cumplió con su contrato de esto y esto, sus obligaciones en la nación. El sello de Gobernación que nada más decía Estados Unidos Mexicanos, que así dice en las monedas. Entonces nos marcaron el papel, porque el primer papel lo borramos, no sé con qué o a alguien se le ocurrió y fuimos a comprar un líquido a la farmacia. Me imagino que era acetona y le borramos con un algodoncito pero se ponía amarillento el papel porque todo lo demás estaba escrito en máquina, entonces eso no lo borraba. Le borramos el tache y como se ponía amarillo le compramos talco y con una plancha que conseguimos lo planchamos y volvimos a entrar, pero también nos rechazaron. Después ahí estuvimos unos muchachos de Guerrero o de Morelos, no recuerdo de dónde eran dos o tres, vendían arroz con leche. De la familia donde nosotros dormíamos y ellos ya se vinieron, creo un pariente llegó y les dio dinero, no recuerdo. Y ya se vinieron para acá o se fueron para el otro lado y nosotros ya no

teníamos nada de dinero, nada, nada, lo que es nada, \$1 peso ó \$2 pesos, ó \$5, no sé, ya no teníamos para comer. Entonces me dice uno de ellos, le dice a mi primo: “Héctor, quédate con esto”, dice, “y ahí le entregas cuentas a la señora”. “No, yo no”, le digo, “yo me quedo”. Eran unas ollas de cuarenta y cinco litros de arroz con leche supuestamente, porque no eran, (risas) nomás se ponía el arroz allá adentro y diez metros por decir. Salía uno con las ollas y ahí vendía uno el arroz en vaso de estos, no sé si a \$0.40 o a \$0.60 centavos lo dábamos. Y ya me quedé yo, dije: “Pues a ver si se hace algo”, pues total. Ya me dijeron más o menos cómo y empecé a vender arroz. Había ocasiones que me levantaba yo porque mi primo era bien flojo, pero flojo, flojo, no se levantaba, no me ayudaba. Y entonces me levantaba yo a la una, me dormía a las once o doce y a la una o una y media tenía yo que levantarme a poner el arroz.

VD: Ah, usted lo tenía que hacer.

HM: Sí, y a las seis de la mañana ya lo sacaba yo y la gente así, pues había mucha gente que no tenía para otra cosa. Entonces muchos paisanos llegaban: “Ando sin comer y sin dinero”. “Pues órale, tómame un vaso”. El primer día me robaron todo lo que quisieron, ya después ya no, ya lo regalaba yo. Y le entregaba yo, Concepción se llamaba esa señora, y le entregaba yo cuentas a la señora y le entregaba yo buenas cuentas, ¿no? Entonces me daba, no sé, \$2, \$3 pesos, o \$5 y nos daba a veces de comer y desayuno y todo, y pues nos quedábamos ahí, ya no nos cobraba. Y así estuvimos, y luego, cuando la última vez que nos rechazaron esos papeles, nos pusimos a hacer papelitos y con un peso de esos grandotes, les quitábamos la puntita a un bolígrafo, le llenábamos de tinta, pero no sé a quién se le ocurrió eso, no sé, y comprábamos las hojas de papel y le poníamos el peso y lo corríamos tantito, sí. Y así vendíamos los papeles a \$20, \$30 pesos, ¿cómo ve?, pero después ya andaba mucha gente atrás de nosotros y después la policía buscando a ver quién falsificaba.

VD: ¿Quién lo andaba haciendo? ¿Esos papeles para qué eran?

HM: Para entrar a contrataciones.

VD: ¿Eran como los que daba aquí en Gobernación?

HM: En Gobernación. Y ya les dijimos: “No, pues ya se echó a perder la máquina”, y ya no vendíamos papeles, pero sí vendimos algunos.

VD: Oiga y ustedes mismos, ¿por qué no los usaron para entrar esos que se hicieron?

HM: No, pues ya nos decepcionamos, ya no. Entonces yo alcancé a juntar unos centavos de lo que me daba la señora Concepción.

VD: ¿Del arroz con leche?

HM: Del arroz con leche.

VD: Que dice que no era arroz con leche.

HM: Que no era arroz con leche. Mire, una lata de leche Clavel era para cuarenta y cinco litros de arroz con agua. Le ponía unas rajas de canela, su azúcar y una latita de leche. Entonces imagínese cuánto se ganaba.

VD: Era puro arroz con agua.

HM: Era mucho, y yo le entregaba cuentas. Su marido era ferrocarrilero pero era muy borracho y yo llegaba y aunque él estuviera ahí: “Ándale, siéntate a comer”, y a mí me daba pena, ¿no? Pues cómo era que a mí me daba y a su marido a veces lo rechazaba por allá, ¿no? Y pues yo le dije: “No, pues primero al cuate”, porque así le decían, El Cuate, a su esposo, y me daba pena. Pero junté unos centavos, entonces en Ciudad Obregón estaba un hermano de mi primo, que era telegrafista

ahí y nos venimos a verlo a Ciudad Obregón. Traíamos algo de dinero de lo que ya había juntado. Llegamos ahí, estuvimos ocho días con él y ya nos gastamos lo que traíamos en esos ocho días y nos quedamos otra vez sin dinero. Y ya nos pagó el pasaje hasta Guadalajara, este Jorge, él vive en Celaya. Ahora está muy rico ese muchacho. Hicimos ocho días en el tren a Guadalajara, una semana completita.

VD: ¿Cómo iban comiendo?

HM: No comíamos, cálese, si no traíamos dinero. Entonces venía un muchacho jovencito que trabajaba en Correos, ahí en Empalme y un día me pregunta, dice: “¿Ya comieron?”. “No mano, no hemos comido”. “¿Qué no traen dinero o qué?”. “Pues la verdad es que no”. “Y, ¿para dónde van?”. “No, pues para México”, vivía por Xochimilco, me acuerdo de ese muchacho. “Yo voy por allá”, dice, “ándeale, coman algo”, pues ya sabes, en la estación de ferrocarril venden de todo, ¿no? Y él compraba tacos o lo que fuera y nos daba y así llegamos a Guadalajara. Llegamos a Guadalajara y nos dice, llegamos en la madrugada: “Y ahora, ¿qué van a hacer aquí?”. “Pues vamos a buscar trabajo, a ver qué hacemos para irnos a México”. “No muchachos, vénganse, vamos a cenar y ya después vemos”. entonces fuimos a cenar, nos llevó a un restaurán y comimos. Bueno, más bien desayunamos o almorzamos o como quiera llamarle, y ya terminando dice: “¿En qué quieren que nos vayamos, en el tren o en el autobús?”. Pues yo le dije: “En lo que tú quieras mano”, le digo, “pero yo no traigo dinero, ni mi primo”. “No”, dice, “no se apuren, ¿cuánto traen?”. Agarré, saqué de mi pantalón y creo que fueron \$5 ó \$15 pesos, no sé qué era lo que traía yo. No me acuerdo si los tomó o no los tomó. Entonces ya compraron los boletos y nos venimos, llegamos aquí. Su mamá de mi primo vivía en Azcapotzalco, llegamos allá a Buena Vista en la mañana. Me acuerdo que traía yo \$0.40 centavos en la bolsa, dos monedas de \$0.20 centavos de esas grandes, y me dice mi primo: “Ve a la casa, ¿no?, le dices a mi mamá y a mis hermanas que nos presten dinero, o algo”. “No, mano, ve tú”, total que no quiso. Ya me fui yo y llego a San Cosme a agarrar el camión para Azcapotzalco y al subirme se me cayó una moneda de \$0.20 centavos y se va



derechito a una coladera y, ¡chin pa adentro!, (risas) bueno, pos ya ni modo. Ya me subí y agarré la otra y se la di al chofer, eran \$0.20 centavos del pasaje. Llegué allá, una de mis primas que vive ahora en Querétaro trabajaba en una tintorería, Evangelina se llama, Evangelina Solís, hermana de Héctor. Y ya habían abierto, pero yo llegaba y no llegaban, ¿verdad?, pero no traía yo ropa más o menos buena, pero todo mugroso, pues ocho días, imagínese, más de ocho días sin bañarnos, todos barbones y todo, creo que es la única vez que he andado tan mugroso. Y llegaba yo y no llegaba, me daba pena. Cuando veo que viene mi tía a dejarle desayuno a mi prima, con otra chiquilla, la más chiquita, esta Evelia, y la veo que venía por no sé qué calle y que me escondo, (risas) dije: “Yo no me dejo ver”, ¿no? Ya fue y le dejó el desayuno a mi prima y agarra mi tía a la niña estaba chiquita, la veía y se van al mercado de Azcapotzalco, ahí por donde esta la iglesia de Azcapotzalco y ahí voy atrás de ellas, pero lejitos. Yo a veces me daban ganas de llegar con ella y veces no, era una señora alta ella y no sé, se llamaba Pulchería, nunca he conocido otro nombre como ella.

VD: ¿Pulchería?

HM: Pulchería Fuentes.

VD: Qué nombre tan extraño.

HM: Sí, nunca he vuelto a oír ese nombre, así se llamaba su mamá de mi primo, me quiso mucho esa tía y bueno, me decía hijo, bueno, hijo no sé de qué, pero así me decía. (risas) Y cuando de repente voltea y me ve y corre a abrazarme mi tía, le digo, era una señora alta ella, gordita. Y corre a abrazarme y corre la bella a abrazarme, hídole, yo sentí tan feo. “¿Qué pasó, y mi hijo dónde está?”. “No, pues por ahí está”.

VD: ¿Él se había quedado en la estación?

HM: En la estación de ahí de Buena Vista, ahí quedamos de vernos. “Y, ¿qué pasó?, ¿cómo están o qué?”. “Pues bien, pero no traemos dinero”. Pues no teníamos nada. Dice: “¿Pero están bien?”. “Sí, estamos bien”. Pues ya fuimos al mercado, fui con ella, compró no recuerdo si barbacoa o chicharrón, o no recuerdo qué. “Y llévate esto”. Me dio unos centavos y ya me vine, y: “Vénganse para la casa”. Nos daba pena porque pues ahí había gente que nos conocía. “No, no vamos a venir a la casa”.

VD: Pero, ¿por qué no querían ir?

HM: No, pues porque estábamos todos mugrosos y había chicas ahí, y todo eso y no, pues no. Entonces ya vengo a buscar a mi primo y no lo encuentro. Chin, ¿y ahora?, entonces me acuerdo que ahí en Camarones, ahí por, de la glorieta de Camarones para allá había unas amistades que viven ahora aquí por esta calle. Bueno, no viven, ahí tienen una mueblería, ese un muchacho está, uno de ellos está multimillonario, fabrica salas. Bueno, ese tipo de, bueno, no ese tipo, de esas y de otras, pero pues su taller lo tiene aquí en la Agua Azul y aquí tiene una exhibición. Ahí sus niños estaban chiquitos y su tío tenía una tiendita ahí en Camarones y mi primo se va para allá. Entonces ya me voy para allá y llego y lo encuentro sentado en la barra, en el mostrador de la tienda con una cervezota y yo buscándolo. Bueno: “¿Qué paso?”. “No, pues ya vi a mi tía, aquí te manda eso”. “Bueno”, ese mismo día agarramos el autobús y nos fuimos para el rancho. Ya llegamos allá con mi mamacita y, pues ya le dio gusto y lloró y todo, pero pues casi me regañó, pero ya nos quedamos allá un tiempo. Y ya nos arreglamos y todo y nos repusimos del viaje, del cansancio y ya nos venimos a México y ya me quedé aquí en México.

VD: ¿Como cuánto tiempo se estuvo por allá?

HM: Como un mes o dos meses estuvimos allá.

VD: Y se regresó aquí, ¿dónde vivía?

HM: En Azcapotzalco, ahí viví un tiempo.

VD: ¿Allá con su tía?

HM: Ahí con mi tía. Después ella se fue para el estado de Puebla y yo me quedé. Pero ya en ese tiempo, ya cuando ella se fue yo ya trabajaba en el restaurán, entré de garrotero, luego de mesero. Como al mes entré a trabajar ahí en Lázaro Cárdenas, bueno, fuera de Lázaro Cárdenas, como al mes me pasaron de mesero.

VD: Estaba por ahí el, ¿en dónde dice que estaba el restaurán?

HM: No, aquí en Lázaro Cárdenas, ahí en el centro. Ahí de el Cine Teresa, adelantito, en el 87.

VD: Sobre el Eje.

HM: Sobre el Eje.

VD: ¿Cómo se llamaba el restaurán?

HM: Caldos en uno. Ahí estuve hasta el [19]60, del [19]60 me cambiaron al Circunvalación, ahí a la Merced. Ahí estuve hasta el [19]68, no, [19]66, [19]67, pero después ya me quedé con el negocio, ese me lo subarrendaron.

VD: El restaurán.

HM: El restaurán.

VD: O sea que me estaba diciendo la primera vez que se fue allá, fue en el [19]54.

HM: [Mil novecientos] Cincuenta y cuatro.

VD: [Mil novecientos] Cincuenta y cuatro, y luego estuvo, ¿hasta que año?, hasta el cincuenta y...

HM: Seis.

VD: O sea se estuvo esos dos años yendo y ya el último contrato que tuvo fue, más bien la última vez que estuvo por allá fue esta vez que estuvo intentando pasar en Empalme y, ¿ya no le dieron ganas de regresarse?

HM: Ya no. No, y luego ahí en San Juan de Letrán, ahí en Lázaro Cárdenas, cuando a mí me pasaron de mesero. Cuando yo era garrotero me pagaban \$5 pesos diarios por doce horas, de ocho a ocho, de día o de noche. Pero los meseros me daban, hubo meseros que llegaron a darme \$400 pesos cada uno. Trabajaba yo para cuatro, pero no todos me daban eso. Unos \$20, otros \$30, pero Felipe y Manuel llegaron a darme más de \$500 pesos en un día.

VD: Por eso no quería irse.

HM: Yo dije: “¿Qué voy a hacer por allá?”, ¿no? Después entro de mesero y el primer día me gano \$120 pesos, y yo dije: “¿Cómo \$120 pesos?, si yo ganaba más de garrotero”. Pero ya me había dicho el jefe de piso: “Desde mañana te pones filipina larga y corbata de moño”. Bueno, pues ya ni modo. Pero yo cuando empecé de mesero no sabía yo ni los precios, porque tenía yo poco de haber entrado y pues había que hacer cuentas rápido y todo eso. Y fui aprendiendo, fui aprendiendo y antes del mes yo ya ganaba, el día que me ganaba \$1,000 pesos era poquito en un día, o sea en un turno.

VD: Pues ya no le dio la menor gana regresarse entonces.

HM: No, pues ya no. Después me cambian a Circunvalación, ahí el día que me ganaba \$100 pesos era mucho, ¿no? Fue un cambio tremendo, pero ya no podía, ya no me quisieron regresar allá porque ya me habían cambiado para acá y dije: “Pues a ver”. Y luego un día y nos dijo: “Échenle ganas muchachos”. “No, pues necesitamos esto y esto y esto”. “Pidan lo que quieran y hagan lo que quieran con el negocio, pero quiero que trabajen”. Y ya nos quitamos la filipina, nos pusimos delantal, corbata larga y empezamos a jalar gente y hasta que subió el negocio. Se fue el encargado, dos encargados que había, después yo me quedé y ya luego me subarrendaron la casa, entonces yo llegué a pagar \$850 pesos diarios de renta, más aparte tenía yo como cuarenta o cincuenta trabajadores que había que pagarles su sueldo, llegué a tener tres negocios de ellos.

VD: De comida también.

HM: De comida, el de Circunvalación, cuatro, Circunvalación, Madero, Brasil y Garibaldi. Pero luego empezó la política y a mí nunca me ha gustado tener problemas, porque la señora yo no sé si sea o no sea cierto, pero a uno de los gerentes que estuvo lo metieron a la cárcel hasta la Peni[tenciaria] porque supuestamente andaba con él. Y a mí un tiempo la señora pues me trató muy bien. Después por una cosita así que yo no le cumplí, porque se me hizo raro, dije: “No, pues quién sabe, ¿no?, esto a lo mejor trae cola”. Y me agarró cierta tirria como dicen vulgarmente, ¿no? Entonces ahí empezamos y un día le aventé las llaves: “Ahí están sus llaves, ya no quiero nada”. Y me habló: “No, que vente”. “No, así no”. Y después un día yo les conseguí un gerente porque estaba muy endrogada esa empresa, les conseguí un gerente que en paz descansa, salimos adelante, se compró casa para ellos en Las Lomas, la que era de María Félix antes de un año, como a los seis meses ya se había comprado la casa. Se debía a Hacienda millones de pesos, al Seguro Social, estaba embargada por el Seguro. Todas las casas estaban embargadas por el Seguro y por Hacienda. Salimos adelante y un día me dijo el gerente: “Fíjate que pasa esto y esto y esto”, él me decía a mí. Y sí, ya me

imaginé, y entonces un día llegó el señor ahí a Madero precisamente. En 1972 cuando yo regresé de Estados Unidos. Tenía un año trabajando con ellos y me dice: “Sabes que te vengo a recoger el negocio”. “Está bien, pues es suyo, nomás págume lo que tengo aquí y ahí muere”. “Te doy un cheque”. “No, en efectivo, cuando me traiga el efectivo, me lo manda y ahí está su negocio”. No quise aceptarle cheque. Y ya, al otro día fue, llevaba como unas ocho o diez personas y le digo: “¿Por qué trae guaruras? Pero mire, usted y yo nos conocimos, usted me dio el trabajo, estoy muy agradecido y yo nunca he pensado mal de usted, y sé esto y esto y esto”. “Pero no es cierto”, dice “¿quién se lo dijo?, pero quisiera que esa persona se lo dijera delante de mí para que yo quedara contento y usted también”. “No, Miguel”, dice, “no hay problema”. Le entregué su negocio, ahí nos vimos y jamás volví a ir con él, nunca.

VD: ¿Cuánto tiempo estuvo ahí en el restaurante?

HM: No, desde 1957 hasta el [19]68. Dejé de trabajar un año, fueron once, como doce o trece años trabajé.

VD: No, pues bastante tiempo. Y ese fue el trabajo que tomó justo después de que se regresó de allá.

HM: Después de Estados Unidos.

VD: Déjeme regresarme ahora yo un poquito, señor Heleodoro. Le quiero hacer nomás unas preguntas más sobre el tiempo que estuvo por allá. Yo le quería preguntar, en general las condiciones de vida cuando estuvo por allá en sus contratos, es decir, los lugares donde los alojaban, la comida... Porque me decía que en algunos lugares ustedes se cocinaban, ¿en algunos otros tuvieron comedor?

HM: Sí, en California sí.

VD: Y la comida, los lugares donde vivían, ¿cómo eran?

HM: Pues ahí en California eran barracas grandes donde se alojaban unas diez, quince o veinte personas. Los baños eran comunitarios, había veinte o treinta sanitarios. El trabajo era muy pesado, pero la comida estaba más o menos buena, especialmente para los tapeadores.

VD: ¡Ah!, ¿les daban diferente comida?

HM: Sí, porque eran unas pambas. Mire, cuando empezamos a trabajar el tapeo, pues los que ya sabían, los que ya eran del grupo seleccionados, estaban gorditos. Yo no, porque pues yo no estaba seleccionado, pero después cuando ya entré al grupo nos daban comida especial a nosotros y a los demás no, les daban otra cosa. Lo que a mí me caía mal, que nos mandaran tacos de tortillas de harina o sándwich, ya todos...

VD: ¿Batidos?

HM: Sí, yo agarraba cuando un tiempo que anduve con unos filipinos, me llegaba mi *lunch*, sacaba un sándwich de frijoles y los demás le hacía un nudito a la bolsa y los aventaba al monte y no comía, no comía.

VD: Y luego, ¿qué comía?

HM: Me aguantaba hasta en la noche, hasta que llegaba ahí.

VD: ¿Les daban de cenar?

HM: Sí, nos daban de cenar, bueno, si pagábamos. Pero aún así nos daban comida seleccionada, a unos trabajadores una comida y a otros otra.

VD: Y sus jornadas eran... bueno, ya me decía que hasta de más de doce horas a veces. Trabajaban de lunes a sábado y, ¿qué hacía en sus tiempos libres por allá, qué hacía en su día de descanso?

HM: A veces nos íbamos al pueblo, nos íbamos a caminar dos o tres personas de los compañeros. Había un muchacho de por allá de Hidalgo que nos tocó juntos. Él estaba más joven que yo, no recuerdo cómo se llamaba, que por cierto fui padrino de él de primera comunión allá.

VD: ¿Allá hizo su primera comunión?

HM: Sí.

VD: ¿Cómo?

HM: Porque fue el sacerdote ahí al campo.

VD: ¿Eso fue en dónde, en California?

HM: En California, y todos los que quisiéramos confesarnos.

VD: ¿En San Luis Obispo?

HM: En San Luis Obispo, pues podía uno arrimarse.

VD: Y, ¿llegó un día así al campo?

HM: Pues yo creo que, no recuerdo si lo contrataron, no me acuerdo. Yo creo que alguien lo ha de haber llevado, a ese sacerdote, dijo una misa y me dice este muchacho: “Quiero que seas mi padrino”. “¿De qué?”. “No, pues de primera



comuni3n". "Pos 3rale, pos a ver", ¿no? Ese era de un lugar que se llama La Luz, por ah3 cerca de Vaquer3as.

VD: ¿En d3nde est3 eso?

HM: De Hidalgo.

VD: Hidalgo.

HM: De Hidalgo pero est3 la barranca de San Sebasti3n, la que llega a Las Vegas de Mex titl3n, donde se inund3 el a3o pasado, antepasado, ¿se acuerda? Esa barranca empieza desde donde yo soy, de ah3 empieza chiquito un arroyito, ¿no?, que es el r3o de Tulancingo. Y ya se ve ahondando all3 en Salto Chico, Salto Grande, no, Salto Chico, Salto Verde y Salto Grande y empieza la barranca de San Sebasti3n y llega a Las Vegas de Mex titl3n.

VD: Y, ¿3l era de Tula, Hidalgo?

HM: 3l era de por ah3.

VD: Y ese padre que lleg3, ¿hablaba espa3ol?, ¿era como mexicano?

HM: Era como espa3ol o italiano, algo as3 se me hace.

VD: Y entonces les dijo que les pod3a hacer ah3 la primera comuni3n.

HM: La primera comuni3n.

VD: ¿Hubo varios que la hicieron?

HM: Sí, muchos, y yo fui padrino de uno de ellos, ¿eh? Y me respetaba como su padrino, pero ese muchacho y yo ya nos conocíamos desde Necaxa, allá estuvo trabajando también. Y por coincidencia nos encontramos en Acatlán porque había ido también a ver a ese señor Borgoño Rodríguez.

VD: Para conseguir...

HM: Para poderse enganchar para irse. Sí, ese muchacho nunca lo he vuelto a ver, no me acuerdo ni cómo se llamaba y de Acatlán había varios, varios.

VD: ¿Qué estaban por allá en el mismo lugar?

HM: Que estaban por allá. De ahí me tocó irme con la primera vez que estuve en Arizona, me tocó como con unos tres o cuatro.

VD: De ahí mismo.

HM: De ahí mismo de Acatlán.

VD: Oiga, y la gente en general, ¿se organizaba así digamos, se encontraba con sus paisanos o ya así ya?

HM: No, pues se hacían amistades y pues yo gracias a Dios, siempre he tenido la suerte de tener amistades. Allá por ejemplo, cuando me quedé solo, estaba José el mayordomo, Gustavo era el compadre de José, su esposa de Gustavo se llamaba Carmela y la de José se llamaba Cuca; una señora joven, tenía treinta y ocho años. Pero usted la veía y tenía dieciséis o dieciocho años, no tenía hijos y la de Gustavo también y tenía cinco, siete hijos Carmela. Se veían iguales las dos, bien conservadas, me tuvieron mucha confianza. Yo una ocasión me enfermé por el calor y todo eso, me enfermé y estuve muy malo.

VD: En Arizona.

HM: En Arizona y ellas me llevaban de comer, cuando no una, otra. Una ocasión llegué de trabajar y vi mi cama, ya vivía yo solo, no estaba, estaba nomás el puro colchón. “Ah, caray, y ahora aquí, ¿qué pasó aquí?”. ¿No? Busco las sábanas y las cobijas y no había nada, qué raro, y busco mi ropa y tampoco. Pues ropa de trabajo, pantalones *Levi's*, camisas de esas de caqui y todo eso. Porque usaba yo allá, sí usaba yo camisa de manga larga por el sol y tenía yo unas que ya estaban rotas del codo, y pues yo para coser, sí sé coser ¿no?, pero no tan bien. Y las busco y no encuentro nada. “Híjole y ahora para dormir en la noche, ¿qué voy a hacer?”, ¿no? Entonces me acuerdo que en otro cuarto que había por ahí enfrente de donde vivía Jesús, un texano, había un cuarto lleno de colchones y cobijas. Bueno, pues ahí voy y agarro unas, ¿no? Me voy al pueblo a traer provisión y cuando regreso ya estaba mi cama tendida y mi ropa colgada y planchada. Dije: “Qué raro”. Pasó, no se me ocurrió preguntarle. ¡Ah!, sí le pregunté a los muchachos, nadie sabía nada, de los hijos de Carmela. “No, pues no sé”. Y pasó un tiempo, pero estaba cerrado con llave. Yo tenía la llave, y otra vez llegó fin de semana y tampoco encuentro mi ropa: “Qué raro, ¿quién será? No, pues no sé”. Y un día estaba tomando José, un hermano de él, Gustavo, había cuatro o cinco hombres y su esposa de José y su esposa de Gustavo y van y me dicen: “Miguel, véngase”. No, pues como a treinta metros de lejos, ¿no?, o cuarenta, había un llanito y su casa allá y yo vivía hasta acá. Gustavo sí vivía a espaldas de donde yo vivía, por decir pegadas las casas. Aquí yo vivía y él vivía allá del otro lado, pero las puertas eran por distintos lados. “No, pues yo no, no quiero tomar”. “No, que véngase, ya va Cuca y va Carmela, véngase”. Dije: “Bueno, pues voy”. Ya fui. Había muchas gallinas, había nidadas de huevos y todo, pero pos nadie los juntaba. Nacían los pollitos solos, ni yo los juntaba. Yo iba a la tienda y compraba docenas y docenas de huevos, los hijos de Gustavo y de Carmela, los fines de semana iban: “¿Nos das permiso de comer aquí?”. “Sí hombre, coman”, pues ahí tenía yo de todo, ¿no? Yo era vicioso de ir a la tienda y comprar y comprar y comprar y tenía yo docenas y docenas de huevos. Entonces los servíamos, los

freíamos y no se los comían. Ya voy con ellos y me dan un vaso con todo y huevos adentro, crudos, y cerveza. “No, no, no, no”, les digo, “a mí no me gusta eso”. “No, no se lo tiene que tomar”. “¡Ah jíjole!”. Pues ya agarré y con asco y todo pues me los tuve que tomar, ¿no? “Ahora un vaso de cerveza”. Bueno, ya estuvimos ahí conviviendo y otro día va Cuca, estaba yo enfermo, y va Cuca y me dice: “Miguel, dice José que se levante que vamos al pueblo”. “No, pues no puedo, me siento mal”. “Pues José me dijo que vaya. Ya no vivía nadie conmigo, ya estaba, ya los demás se habían venido, ya nomás Gustavo y José que eran los de ahí. Y me dice Cuca: “Levántese porque mi marido nunca ha invitado a un mexicano y él lo está invitando”, dice, “vamos al pueblo”. “Bueno, pues vamos”. Ya me levanté, me metí a bañar y ya salí. “¿Ya está listo?”. “Ya, vámonos”, ya nos fuimos al pueblo. Llegamos allá, dejamos a las damas y: “Véngase, vamos a la cantina”. “Pues vamos”. Llegamos allá: “Ándale una copa”. “Bueno”. Me dice José: “Oiga”. “Dígame”. “¿A usted le gusta trabajar mucho?, ¿por qué, o por qué trabaja?”. “No, pues es que vine a trabajar”, le digo, “y pues mi obligación es trabajar”. “Pues es que mire, ha habido días en que usted ha hecho lo que no han hecho diez trabajadores, yo lo dejo solo”. Porque iba y me dejaba a veces por allá lejos y pues con el calorón y todo, yo me llevaba una bolsa de agua de esas de lona y me ponía yo a trabajar y no descansaba hasta no sé a qué horas. Porque yo de comer nunca llevaba, nunca. Dice: “Y lo dejo solo y regreso en la tarde por usted y usted sabe que no me bajo de la camioneta a ver qué ha hecho”, dice, “pero después regreso”. “Ah, ta bien”. Le dije yo: “Pues a mí me enseñaron a hacer también como se dice vulgarmente, coyote, ¿no?”, dije. “Y usted nunca le he creído que se haga tonto”, dice. “No”, le digo, “pues vine a trabajar”. Me tuvieron mucha confianza. Bueno, él me tenía mucha confianza al grado de decirme que fuera yo a ver televisión con su esposa, porque ella siempre estaba sola y no, pues a mí me daba pena. En primer lugar porque él era, pues yo lo consideré mi amigo, ¿sí?, y me brindó su amistad, todo eso. Entonces ir a meterme a su casa cuando ella estaba sola, pues nomás no, nomás no. Y cuando se fueron para el pueblo, había veces que iban a visitarme las dos, Cuca y Carmela. Iban, llevaban comida, llevaban a veces cerveza o refrescos y se iban las tardes un

rato allá conmigo. Llegaban y me encontraban, en veces todavía no llegaba de trabajar, en veces ahí estaba yo, y ya nos poníamos ahí a platicar un rato. Fue bueno para mí, después de todo, de todas las pambas y todo eso, hasta cierto punto fue agradable, fue agradable. Pero allá en realidad, no aprendí gran cosa.

VD: ¿No aprendió más su oficio del que ya sabía?

HM: Para nada.

VD: ¿Ni nada que le sirviera cuando se regresó?

HM: Pues algo en agricultura y todo eso, pero de ahí, ¿qué aprende allá?, nada. Luego me decían: “Y, ¿dónde aprendiste esto?”. “Pues en México”. Pues sí, es la verdad, sí.

VD: En los otros lugares que estuvo o ahí mismo antes de que se fueran los demás, ¿nunca hubo pleitos entre los mismos compañeros?

HM: Sí, cómo no, sí. Hubo hasta muertos.

VD: ¡Ah!, ¿sí?

HM: Sí, se peleaban, luego se iban a las cantinas o eso, llegaban borrachos o se emborrachaban ahí, se peleaban.

VD: ¿Por qué se peleaba la gente?

HM: Pues por tonterías en realidad. Bueno, algunos ya llevaban resillas de aquí y se llegaban a encontrar allá o se iban a la cantina. Empezaban a discutir o por el trabajo o por lo que fuera y se peleaban. Allá en California había un muchacho ese que le digo de Guanajuato, que no sé cómo se llamaba, no recuerdo. Había

sido soldado aquí y no sé por qué se iría de bracero. Entonces una ocasión, me decía casi cada ocho días: “Vamos al pueblo”, y, “vamos al pueblo”. Y siempre íbamos juntos. Luego íbamos a tomarnos una cerveza y eso que a mí casi no me vendían porque me veían muy chavo. Me acuerdo una ocasión entramos a un bar, íbamos como cuatro o cinco y había una muchacha, ahí una americana y no me quiso vender una cerveza, ni una coca. “No, que tú eres más, no tienes la edad”. Pero ya había yo ido varias veces y no me quiso vender. Entonces ya no me vendió, le digo: “Pues dame una soda”. Y ya me tomé la soda, me senté ahí, empecé a jugar ahí en una maquinita. No sé ni cómo era la máquina, pero de esas antiguas y al ratito me llama, me dice: “Oye, ven para acá”. Ya voy y me dice: “¿Quieres tomarte una copa o una cerveza?”. “Pues sí, pero no me la vendes”. “Pues si quieres tomártela vente para acá adentro y aquí te la tomas conmigo”. Bueno, y no quise, no quise meterme a la barra, no quise. Y fui otra vez y ya no volví. Bueno, pues ese muchacho una ocasión me dice: “Vámonos al pueblo”. O sea, ¿no? “Pero no, no puedo”. No sé por qué no podía yo. Creo iba yo a trabajar y no quise ir con él o no pude. Entonces se llevó a otro muchacho, grandote, no recuerdo cómo se llamaba, pues al rato en la noche llegó. “¿Cómo estuvo?”. Ahora verá, no me acuerdo si llegó primero, si llegó primero la Policía a buscarlo.

VD: ¿Ahí al campo?

HM: Ahí al campo. Y sí, yo estaba acostado, estaba dormido, pero era el que tenía yo mi cama aquí entrando así era la primera cama. Entonces entra la policía y van, yo tenía la cara tapada y van y me descubren y pues yo sí me medio asusté, ¿no?, pero pues yo no debía nada. Entonces ya me vieron y no, dijeron: “No, no es”. Y patrullas por todos lados, pues quién sabe qué pasaría. Y ya empezaron a buscar ahí y no encontraron nada, no estaba el muchacho ese. Resulta de que salieron del bar, tomarían o no sé, él dormía, yo dormía así y él dormía así. Total que lo buscaron y no lo encontraron, no sé si cuando salieron del bar discutieron y traía ese muchacho porque él cortaba flor, traía una cuchilla de esas que usan como los zapateros, que están así de la punta.

VD: Como un gancho.

HM: Chiquitas así.

VD: ¿Cortaba flor de qué?

HM: Flor de las plantas, andaba cortando flor.

VD: ¡Ah!, para flor que cultivan para vender.

HM: No, es para, pues yo nunca vi que vendieran, creo era la semilla o la cruzaban, porque se juntaba en lona la flor ya madura y ahí se ponía a secar. De muchas flores, hasta de plantas de esas, geranios y todo eso. Y la aventó no sé cuántas tajadas a ese muchacho. Le alcanzó a cortar aquí, pero todo esto se le abrió así completamente, no sé donde, todo esto así se lo abrió feo, se lo floreó y luego otra por aquí y otra por aquí.

VD: ¿En el pecho, o dónde?

HM: En el pecho pero aquí apenas le alcanzó y acá le rajó que casi le abre el estómago, y no lo agarró la policía, se escapó.

VD: ¿Se escapó?

HM: Pero lo más chistoso fue esto: A espaldas del rancho, de ese lado, o sea, todo esto había casas, barracas y el comedor y pasaba la carretera así enfrente. Y acá pasaba un canal, pues bastante hondo, no sé cuántos metros tendría, quince o veinte metros de ancho, el canal de agua para regadío y todo eso, o desagüe, no sé. Pero a mí se me hace que era para regadío y había árboles y la Policía anduvo por los campos con reflectores y todo en la noche y no lo encontraron. Se va la Policía,

pero por ahí se quedó una patrulla y en la mañana nos vamos todos a trabajar. Llegó ese muchacho, se llevó su veliz, se llevó dinero casi de todos, de mí no se llevó nada.

VD: Ah, ¿le robó a los demás?

HM: A los demás. Había muchos que tenían alcancías, yo tenía ahí una alcancía, él sabía perfectamente y de mí no se llevó nada fíjese. Tenía yo unos cortes para pantalón creo o para vestido, no me acuerdo, pues nuevos, y tenía yo un botecito o dos de esos de refresco, de jugo, bueno de jugo lleno de monedas y billetes y no se lo llevó.

VD: ¿Todo eso lo tenían en un...

HM: En un veliz.

VD: Ah, nomás en un veliz.

HM: En un veliz ahí, o si no, en el cajón o algo, y a todos los demás, a todos les robó. Y fue en el día y la Policía no lo encontró.

VD: Y después se escapó y nunca lo volvieron a ver.

HM: Nunca más se supo de él. Y lo exhortaron a la frontera y nunca, bueno, quién sabe si saldría o no sé, porque él me había platicado que tenía un pariente o hermano por allá por San Francisco o no sé donde. Posiblemente en lugar de salir se haya metido.

VD: Pero ya nunca supieron.

HM: Pero ya nunca supimos.



VD: Y, ¿el herido?

HM: El herido, pues estuvo en el hospital como ocho días.

VD: Y salió adelante.

HM: Y yo dije: “¿A poco si hubiera yo ido me hubiera hecho eso?”. Pero lo raro fue que pues conmigo nunca discutimos. Ni cuando regresó no se llevó nada de mí.

VD: Algún pleito tuvo con aquél, ¿ya no supieron?

HM: Ya no supimos.

VD: ¿Qué sería?

HM: Pues dicen que nada más de repente medio discutieron, eso fue lo que él nos dijo, que como que se volvió loco. Porque a mí me había platicado que había sido militar y que había fumado marihuana. Posiblemente haya fumado o algo tomó y se volvió medio loco. Pero conmigo cuando íbamos, nunca discutimos.

VD: Nunca tuvo problemas.

HM: Nunca tuve problemas y a la hora que yo le decía vámonos, me hacía caso.

VD: Y, ¿conseguían allá los que querían fumar marihuana?

HM: Pues yo pienso que sí.

VD: Porque ya llevaban el hábito desde aquí.

HM: Sí, sí.

VD: No les costaba tanto y, ¿qué iba a decir? Con otros, con gente de allá, con otros norteamericanos, ¿no tenían pleito a veces en los lugares que visitaban, no sé, en las cantinas o...?

HM: En algunas partes sí. Había americanos que eran muy agresivos, muy agresivos. Pero como en ciertos lugares se juntaban muchos mexicanos, entonces pues siempre los americanos tenían cierto respeto, pero cuando agarraban a uno solo sí lo torcían.

VD: ¿Pero usted nunca tuvo problema con alguien por allá?

HM: No, porque nunca me metí en problemas, nunca.

VD: ¿Ni tuvo algún incidente racista, alguna cosa que no los dejaran entrar?

HM: Sí, sí, en Arizona sobre todo. Y una ocasión me correataron unos negros en la noche.

VD: Ah, ¿sí?

HM: Sí.

VD: ¿En Arizona?

HM: En Arizona.

VD: ¿De dónde venía usted?

HM: Iba yo de ahí de Avondale, y por no pagar un taxi, o no había, no recuerdo. Entonces me fui caminando para el campo.

VD: Iba solo.

HM: Iba yo solo. Estaba un aeropuerto muy grande por la [autopista estatal] 102, creo la que va para Los Ángeles. Estaba un campo de sandías, es fábrica de aviones o era. Iba yo por la orilla pero del lado contrario, de este lado está el campo y yo me pasé del otro lado. Entonces de repente se para un carro de negros, como todo el campo aéreo, está súper alumbrado, ¿no? Y me dicen: “Ven”. “No, pues cuál ven, yo no voy”. Eran como cuatro o cinco. “Que vengas”. “No, no voy”. Entonces estaba un algodonal para el lado derecho, había un alambradito pero bajito, era del Campo Estrella, ahí había muchos braceros, muchos, muchos. Ahí tenía muchas amistades y que se bajan tres de ellos. No, y a correr, me brinco el alambrado y me metí en el algodonal y afortunadamente encontré un matorral grande y ahí me aventé y me anduvieron buscando bastante rato y no me encontraron porque las hierbas estaban grandes y no me encontraron. Ya de ahí salí, pero ya no salí a la carretera, entonces atravesé todo el algodonal y me fui derecho al Campo Estrella. Y ya de ahí ya llegué en la noche, estaban jugando baraja y ya le dije a un muchacho que se llamaba Raúl, le digo: “Llévame al campo, ¿no?”. Dice: “Sí, vamos”.

VD: ¿Ellos tenían coche?

HM: Tenía, uno de ellos tenía un carrito ya viejo.

VD: ¿Ellos eran de allá?

HM: No, ese muchacho era de Tlaxcala.

VD: Y, ¿se compraban coches por allá?

HM: Algunos sí, hubo un muchacho que a los tres días ya traía carro.

VD: ¿Bracero?

HM: Bracero, a los tres días. Pero era bueno para la baraja, les ganó el dinero a todos. Ni siquiera había trabajado cuando ya había comprado carro. No, había de todo, había de todo, había gente muy canija.

VD: Y de parte de norteamericanos blancos, ¿alguna vez tuvo algún problema?

HM: Yo no, nunca.

VD: ¿Algún asunto de que a veces no les daban servicio en restaurantes?

HM: En un restorán fue cuando no nos quisieron vender comida porque no hablábamos el inglés. Supuestamente no entendían y casi nos sacaron a patadas.

VD: ¿En dónde fue eso, en Arizona?

HM: En Phoenix, pero de ahí para allá no, nunca. Había unos americanos ahí en Avondale, de la tienda, que las señora Ana, se llamaba, Ana Boa se llamaba esa señora. Me quiso mucho ella y su esposo, iba yo y me decían: “Martínez llévate lo que quieras, lo que quieras. Tu dinero déjamelo aquí, yo te lo guardo, cuando tú lo necesites pídemelo”. Yo cuando me regresé de allá, nada más me traje no sé cuánto, no recuerdo, y le dejé el dinero a ella. Bueno, a ese matrimonio y me lo mandó hasta acá, me lo mandó y ella pagó el giro y pagó todo.

VD: Y le mandó su dinero.

HM: Y me mandó el dinero.

VD: Oiga y, ¿con la Policía o la gente en Migración, por allá?

HM: Yo nunca tuve problemas.

VD: Jamás. ¿Lo revisaban? Si se los encontraban usted, ¿les pedían sus documentos?

HM: A mí solamente una ocasión me pidieron documentos, una sola ocasión y eso andaba yo trabajando dentro de la tierra, pues.

VD: Y, ¿entraron a revisar los que estaban trabajando?

HM: Y me vieron y se bajaron de la patrulla y se fueron caminando para adentro. Y yo no tenía contrato en esos días.

VD: ¿Fueron los últimos días que estuvo?, ¿cuando le extendieron?

HM: Cuando el segundo contrato. Entonces me dicen: “¿Con quién trabajas?”. “Con Kate Siegel”. “¿Tienes contrato, o ya se terminó?”. Le digo: “Ya se terminó, pero me lo va a renovar, no me lo ha traído”. “Está bien”, eso fue todo.

VD: Ya no tuvo problema.

HM: No tuve problema. Pero muchos sí, mucha gente sí tenía problemas. Otra vez nos agarraron, íbamos de Phoenix precisamente con ese muchacho que le digo que tenía el carrito. No, fue otro, era de allá ese, bueno, no sé si sería de allá o de acá, pero allá vivía. Varios íbamos, era un carrito [19]48, que esos carritos en aquel tiempo valían \$15 ó \$20 dólares. Bueno, los encontraba parados en la carretera, ahí los dejaban y ahora ya no. Y nos íbamos, pues habíamos tomado, yo no iba borracho. El hijo del dueño de la tienda, ese era policía. Tenían una gasolinera ahí en la esquina y nos pararon porque este José, creo se llamaba el del carro, iba

zigzagueando en la carretera y nos vio la patrulla y nos paró. Y ya me vio el policía, el hijo de ese matrimonio y me dice: “Oh, Martínez y, ¿tu qué andas haciendo aquí? Tú no debes de andar aquí”, me dice, “¿por qué andas con ellos? Tú no has tomado”. Le digo: “Pues no”. Dice: “Entonces llévate el carro, porque si no, nos los llevamos a la cárcel y ya, llévate el carro”. Y ya nos dejó, si no, nos hubiera llevado a los...

VD: A los tres.

HM: A todos, éramos como seis o siete.

VD: ¡Ah, eran más ahí en el coche!

HM: Sí, éramos varios. Y allá conocí a Pedro Infante.

VD: ¿Allá lo vio?

HM: Allá en Phoenix. Ahí estuvimos con él, este Raúl precisamente el que le digo que era de Tlaxcala, era amigo de el Indio, el que andaba de guardaespaldas con Pedro, un grandote, el que era motociclista. Y cuando Pedro salía a giras, siempre pedía permiso a Tránsito para que le prestaran a ese señor, y se iba con él. Ahí estuvimos en el Teatro Azteca, precisamente. Y enfrente había el restaurán Azteca y ahí estuvimos con él como tres, cuatro días seguidos.

VD: Ah, ¿sí?

HM: Con Pedro, muy buena gente.

VD: Llegó y, ¿convivía con todos allá?

HM: Convivía con nosotros. Tenía yo una fotografía de él autografiada, pero no sé quién de mis hermanitas la tenga, se perdió, sí.

VD: ¡Mire, qué tal!

HM: Ahí lo conocí. Y después cuando estaba yo allá en Madero y Palma, conocí a una señora que fue, no sé si fue esposa o amante de ese mentado Indio, del guardaespaldas de Pedro y tenía un hijo de él y lo llevó a platicar conmigo esa señora.

VD: Ah, ¿sí?

HM: Lo llevó dos veces, era clienta de ahí. Y un día platicando salió eso y me dice: “No, yo voy a traer a mi hijo”. Y lo llevó a platicar de esa historia. Entonces Pedro me recomendó la película de Los Gavilanes, el de Los Gavilanes, la película esa y Tizoc. En esa película, uno de mis tíos, que en paz descanse, les ayudó a hacer ciertas construcciones ahí en Necaxa, porque parte de esa película... ¿Ya la vio esa película de Los Gavilanes?, donde sale una pequeña caída de agua, esa estaba donde empieza la barranca de Tepeche y donde le pegó la pedrada al caballo, Pedro supuestamente, que se cayó María Félix, bueno, que tiró al caballo y se cayó María Félix. Tizoc fue al otro lado de la presa de Tenango; Tenango, Huauchinango, donde está la presa que alimenta a la planta de Tepeche.

VD: Y eso fue por allá por sus rumbos.

HM: Allá en el estado de Puebla.

VD: Qué chistoso que lo fue a conocer por allá.

HM: Allá lo conocí y sin guaruras y sin nada, ey.

VD: Y, ¿ahí estuvo conviviendo con toda la gente?

HM: Ahí convivió con nosotros, después las meseras, ¡uy! Cuando íbamos nos atendían a las mil maravillas a Raúl y a mí, sí.

VD: Oiga, señor Heleodoro, usted que estuvo por allá soltero, ¿verdad?

HM: Sí.

VD: Los dos años que estuvo, ¿nunca se consiguió una novia por allá?

HM: Sí, pero no quise casarme.

VD: ¿Era ella de allá?

HM: De allá, sí. Tuve dos, pero no, no me animé a casarme.

VD: ¿No se quería quedar por allá?

HM: No.

VD: ¿Por qué no, oiga?

HM: No, mi idea era regresar a México con la familia. O sea, yo a mi mamá la quise mucho y ella pos también me quiso mucho. Tenía yo a mis hermanas, a mí hermano, que pues yo era el único sostén de ellos, ¿sí? Entonces pues si yo no les mandaba dinero, ellos no tenían nada y por eso dije: “No”.

VD: Y la vida por allá, ¿le gustó?



HM: Hasta cierto punto.

VD: Lo que pudo conocer de vida como bracero, porque también pues...

HM: Era limitado.

VD: Era una cosa, sí, en las barrancas y eso, pero, ¿le gustó el estilo de vida de allá?

HM: Para vivir allá no. Nunca me gustó, nunca. Y ahora que estuve allá, tampoco me sigue gustando. No, no me acostumbro.

VD: ¿Qué no le gusta de por allá?

HM: No sé, el tren de vida que lleva toda la gente, ¿no? Y toda la gente anda así, igual que aquí en México o peor. Todos nerviosos, todos enfermos de los nervios, todos mal y yo no. No soy para vivir así, prefiero no, prefiero aquí en México.

VD: ¿Qué echaba de menos cuando estaba por allá?, ¿qué extrañaba?

HM: A la familia, a los amigos, platicar con ellos. Yo he sido... Me encanta por decir salir a los pueblos, al monte si usted quiere, la naturaleza. Aunque allá podía hacerlo, pero no igual que aquí. Una ocasión me acuerdo que fui con un americano y me dice: "Vente, vámonos, vamos dejándoles el ganado". Cuando estaba yo en Arizona, había un cerro de aquel lado de Avondale, que se veía, pues no muy grande el cerro, pero sí era de una dimensión regular. Entonces veía polvareda y agarramos el *jeep*. Tenía un *jeep* y nos fuimos y llegamos y encontramos, está lejos, unos treinta o cincuenta kilómetros a lo mejor. Y encontramos alrededor del cerro un alambrado y llevábamos unas pinzas de esas grandes con que cortábamos los cuernos a los toros. Se baja el americano y corta el alambrado y nos metemos, pues en el *jeep* de doble tracción, pues nos metimos. Más tardamos en entrar, agarrar una carreterita de terracería, cuando salen quién

sabe cuántos con carabinas y todo, ametralladoras, en esos carros de Ejército. “¿Qué andan haciendo? ¿A quién buscan o qué buscan?, o se salen o ya nunca salen”. Máquinas gigantescas trabajando, yo no sé qué guarden en ese cerro o qué hacen o qué hacían, porque dicen que todo el cerro ese está agujerado, ahí donde estaba en Arizona.

VD: Y los que le salieron, ¿eran militares?

HM: Militares. Y todos los que traían máquinas, pero unos maquinones de esos tornapules y *bulldozer* gigantescos y nos sacaron. No, pues nos salimos ya por la buena, ¿pues quién se opone, no? Sí, nos salimos y ya no regresamos.

VD: Ese tipo de caminatas por ahí con más libertad, ¿no?

HM: Sí, ya nos íbamos por allá cerca del Gran Cañón. Me iba con el americano ése, era el sobrino del dueño, del Tracy, se llamaba Michael este cuate. Estaba medio loquito, luego agarraba a patadas al tractor, al *jeep*, todo con un fierro lo golpeaba, era tremendo.

VD: Sin razón.

HM: Se enojaba, se enojaba y golpeaba al tractor o a lo que fuera. No era casado, vivía con su mamá, una viejecita ya grande la señora. Dos veces fui a su casa, ¡uy! Cuando iba yo me abrazaba la señora y todo, me quería mucho. Él en el día casi no comía, un sandwichito partido en dos con mermelada, era lo que comía. Pero en su casa comía como desesperado. Platos y platos con comida y cinco o seis refrescos se comía, se tomaba. Bastante, como él era el único familiar de ese señor. Y ese señor había estado aquí en México en la época de la Revolución. Ya cuando yo me vine, tenía ochenta y seis años. Tenía una pistola de Emiliano Zapata.

VD: Ah, ¿sí?

HM: Y tenía en su casa, tenía... Yo fui a su casa, tenía para recibir a los americanos y a los mexicanos. Tenía una cocina, todo, con todo lo mexicano, metate, este, ¿cómo se llama?

VD: Molcajete.

HM: Molcajete, cazuelas de barro, platos de barro, pisos de tierra y brasero con hornillo para hacer lumbre.

VD: ¿Había vivido mucho tiempo por acá?

HM: Dice que él cuando la Revolución se escondió en Chapultepec y que tuvo muchas propiedades aquí y el Gobierno se las expropió. Pero quería mucho a los mexicanos ese señor.

VD: Y ya luego se regresó. 2.18.06

HM: Y se fue para allá. Tenía mucho terreno, tenía no me acuerdo, 120 acres. Y en otro terreno que tenía para allá de Litchfield, tenía quién sabe cuántos acres. Maquinaria tenía muchísima, mucha maquinaria ese señor, pero ya estaba grande. Ya apenas podía. Y no sabía cambiar una llanta de su carro, ¿cómo ve? (risas)

VD: Medio inútil.

HM: Sí.

VD: Mire, y además de la familia, ¿había alguna otra cosa que estando allá extrañaba?, ¿la comida?

HM: Fíjese que no. La comida de cuando yo me fui la primera vez... bueno, yo no conocía ni la mayonesa, ni la mostaza menos; entonces cuando a mí me dieron el primer sándwich con eso, me daban ganas de no sé qué hacer. A mí no me pasaba, se me atoraba, pero pues ya después allá, pues ya fue distinto porque poníamos a cocer frijoles, poníamos a cocer pollo, todo eso. Nos hacíamos de comer nosotros, lo que le echaba menos era la salsa, porque en ese tiempo no había chiles, había chiles güeros, pero de otro chile casi no había. Tortillas de maíz no había.

VD: De harina se las hacían.

HM: De pura harina. Pan tampoco había, había pan de caja.

VD: Bimbo, el que así.

HM: Puro Bimbo. Y ya empezaban las conchitas empacadas, ¿no? Pero pues no tienen el mismo sabor, nunca.

VD: Y, ¿alguna otra cosa, pues no sé, sus amigos?

HM: A los amigos, a mis parientes que echábamos relajo y todo eso, les echábamos mucho. Y luego mi primo y yo que habíamos andado mucho tiempo juntos y separarnos, pues fue difícil.

VD: Eso no, no se acostumbraba.

HM: Y luego cuando él se fue para California yo también, pero nunca supimos ni donde estaba uno ni donde estaba el otro, entonces no nos escribíamos. Y fíjese las coincidencias, yo me vine no sé en qué mes, creo en octubre o noviembre, por ahí; y él llegó después, al mes o más o menos aquí. Y traíamos el mismo tipo de chamarra y el tipo de camisas. En ese tiempo había una tela muy delgadita, transparente casi, bueno, no casi, sino transparente de camisas blancas, de manga

corta, de esas nylon que les decían pero transparentes chinitas. Y los dos traíamos camisas de esas. Y me acuerdo que yo compré una chamarra ahí en San Luis Obispo, o en Océano, no sé, de lana pero cortita, con cuadritos. Una tela como paño, pero de lana y llega mi primo y traía otra igualita a la mía, igualita. No sé, coincidencia o quién sabe.

VD: Y similitudes de carácter y esas cosas. Y estando allá que llegaba a comparar alguna vez la vida que tenía por allá, o sea, entre los dos países, ¿cómo se sentía, no se le antojo nunca quedarse por allá?

HM: En parte sí, por ciertas comodidades en aquel tiempo. Todavía cuando yo entré no lo cuidaban a uno mucho en las tiendas, pero ya después el mexicano mismo fue echándose a perder si usted quiere, ¿no? Porque entraba a las tiendas, como no nos cuidaban, se robaban las cosas y todo eso. Y ya después empezaron a poner vigilancia en las tiendas, pero antes no. A mí me tocó por ejemplo, cuando entré para Arizona, le entregaban a uno un librito y le decían ahí lo que podía hacer lo que no podía hacer, las palabras que uno podía decir, las que estaban prohibidas.

VD: Ah, ¿sí?, ¿en español?

HM: Sí, en español.

VD: ¿Quién se lo daba ese?

HM: No recuerdo, pero era cuando ya entrábamos para allá.

VD: O sea, a todos los braceros se los daban.

HM: A todos, a todos. Y se subieron unas chicas a vender paletas con sus shortcitos y uno de los que íbamos, quiso agarrar a una de ellas y alguien le dijo: “No, ten cuidado porque aquí te meten al bote”, sí. Había muchas cosas, muchas

restricciones. Luego había muchas mujeres que llegaban a los campos a buscar hombres.

VD: Hombres.

HM: Para hacer dinero, pues. Y había muchos abusos en ese sentido, muchas cosas, muchas enfermedades.

VD: Ah, ¿sí?

HM: Sí, muchas enfermedades. Me acuerdo una ocasión fue una, iban varias, pero entre ellas una italiana, muy guapa. Una señora ya de unos treinta años a la mejor, o menos, por ahí; ya era una señora y se metió uno que le decimos el *brother*.

VD: ¿Qué le decían?

HM: Pues yo no sé, pero así le decían a este señor.

VD: ¡Ah!, así le decían a uno.

HM: Por qué le dirían así, no recuerdo cómo se llamaba. Y se enfermó tan fuerte que no lo quisieron curar ahí, tuvo que venir a Tijuana.

VD: Ah, ¿sí? Y eso que tenían servicio médico, ¿verdad?

HM: Exacto. Y no lo quisieron curar ahí y tuvo que venir a curar a Tijuana.

VD: Y, ¿les pasaba mucho?

HM: Sí, esa ocasión se enfermaron como unos veinte yo creo.

VD: Con la misma mujer.

HM: Con la misma mujer. Porque pasaba uno y pasaba otro y pasaba otro. A lo mejor alguien de ahí estaba enfermo, no se sabe, o nunca se supo. Sí, no, era una cosa tremenda. A mí, yo decidí, soy hombre y me encantan las mujeres, pero en ese sentido ya no.

VD: Pues hay que tener muchísimo cuidado.

HM: Sí, no.

VD: Así.

HM: Imagínese.

VD: Pero pues sí, yo creo que como sea, en un campo con puros hombres y lejos de la familia y todo y siempre se presta ese tipo de cosas, claro.

HM: Había una chica que iba que se llamaba Petra. Morenita ella, muy guapita, bajita, ella iba conmigo, siempre que llegaba iba conmigo. Me buscaba esa chica, me quería mucho, me quería mucho y antes de llegar con cualquiera, llegaba conmigo. Ya sabía donde estaba yo, llegaba conmigo.

VD: ¿Las dejaban entrar ahí al campo?

HM: Sí, pues yo creo, no me acuerdo, pero creo que nunca tuvimos vigilancia.

VD: Ah, ¿no?

HM: No.

VD: O sea podía entrar y salir quién fuera.

HM: Todo mundo entraba y salía ahí. Llegaban vendedores, llegaba todo eso.

VD: Ah, ¿sí?

HM: Pero yo nunca les compré nada.

VD: ¿Qué les vendían?

HM: Ropa, zapatos, hasta pistolas llegaban a vender ahí, había de todo. A los campos iban también a vender, pero con nosotros no iban porque el mayordomo era muy estricto, era muy estricto ese mayordomo.

VD: Entonces ahí al campo entraba, entraba esta muchacha a buscarlo.

HM: Llegaban muchas, muchas mujeres llegaban ahí, pero yo siempre he tenido, ¿cómo le diré? Pues ciertas precauciones, ¿no? Porque pues veía yo tantos que se enfermaban, entonces yo de plano sí tenía miedo.

VD: No, claro.

HM: Sí, no.

VD: Claro.

HM: Olvídese.

VD: Sí, pues también en aquellos años pues sí era difícil controlar, así las enfermedades. No, pos me imagino que lejos de la familia y de las esposas, pues.



HM: Pues digo, muchos que estaban allá ya eran casados, había muchos que no aguantaban y se venían, se venían. Había ocasiones que aguantaban un mes o dos meses, “¿saben qué? Que yo ya me voy y ya me voy, y ya me voy”, y se venían.

VD: Y, ¿a usted nunca le entró la nostalgia fuerte como para querer abandonar el contrato?

HM: Sí, pero el orgullo me levantaba. (risas) ¿Sabe por qué? Porque alguien de la familia, de los que no se fueron, dijeron que yo no iba a aguantar, sí. Entonces yo dije: “¿Por qué no voy a aguantar, si estoy acostumbrado a trabajar?”, ¿eh? Entonces también por eso, dije: “¿Por qué no voy a aguantar?, ¿no?”. Si a usted le hieren su amor propio, pos no.

VD: Claro.

HM: Y eso fue también lo que me detuvo.

VD: ¿En qué momentos le ganaba?

HM: Sí, no, olvídense, mire, cuando yo viví solo, tenía en mi cuarto, así estaba precisamente, la puerta estaba por aquí así, acá tenía yo la cama y acá tenía yo la entrada para la cocina y el baño, salía por allá. Llegaba yo, prendía yo el radio y a escuchar el radio, a veces en inglés, allá de vez en cuando en español. Entonces llegaba yo tan cansado, tan agotado porque había ocasiones que entraba yo a las siete de la mañana y eran las seis o siete de la noche y no terminaba, sin comer. Llegaba yo, tenía yo que hacer de comer.

VD: ¿Allá aprendió a cocinar?

HM: Sí, en parte. Me desesperaba, me desesperaba y sí había veces que, un día llegué a aventar el radio. Después dije: “Bueno y el radio, ¿qué culpa tiene?”. Tuve que

comprar otro. (risas) Tenía yo un ventilador como ese así y ese era el que me ayudaba porque el calor estaba muy fuerte, muy fuerte. Pero le digo, me aguantaba, me daban ganas de llorar a veces, sí. Sí, estar solo, ¿se imagina? No tenía con quién platicar en el día, ni en la noche, ni nada.

VD: Y aguantó mucho así.

HM: Sí.

VD: Porque seis meses es bastante tiempo, en esas condiciones.

HM: Por eso luego me dicen: “Que no, que yo estoy solo, qué”. “Pues aguántate mano”. Pues aquí como quiera que sea se sale a platicar a donde sea, a la esquina, ¿y allá con quién platica?.

VD: Qué duro, sí.

HM: Allá no.

VD: Sí, sí.

HM: Allá no es igual. Ahora ya hay muchos mexicanos y americanos y hindúes y de todas partes que hablan español. Pero en aquel tiempo no, en aquel tiempo iba a las tiendas o a un restorán o a donde fuera y nadie le hablaba español.

VD: Y, ¿cómo se entendía con la gente?

HM: Pos a veces a señas. Me acuerdo en una ocasión que fuimos... Pues esa ocasión que le digo que no nos quisieron vender comida, fuimos a otro restaurán que estaba de frente así con unos ventanales grandes, ahí en Phoenix y ahí nos dieron de comer. Íbamos tres o cuatro, iba Raúl, yo y otro muchacho, no sé quién, no me

acuerdo y no nos entendían. Entonces llegó el gerente, o sea el *manager* y fue a buscar quién hablara español y nos dieron de comer.

VD: Ah, mire.

HM: Nos dieron de comer, pero en el otro lugar no. Y no crea que era de más categoría, porque ahí el *manager* salió hasta de traje. Bueno, ahora ya casi ni se usa el traje allá, pero en ese tiempo sí. Salió de traje y nos atendió y en el otro changarro, más feo y no nos quisieron atender. Y muchos lo primero que aprende uno era a pedir cerveza, a pedir huevos con jamón o cosas de esas, porque no podía uno, no sabía pedir una otra cosa. La mayoría huevos con jamón, pero como dice el cuento: “Se sufre, pero se aprende”.

VD: Claro, seguro. Eso es seguro.

HM: Sí, señorita.

VD: Y pues ya así como, por último, unas cosas que a mí me queda siempre la pregunta, ¿tuvo algunos hábitos que cambiaran después que regresó? Digo, usted estuvo, bueno, es que hay gente que estuvo muchos años. Como sea dos años sí es un tiempo de estar allá y ahí, pero, ¿alguna cosa que le haya quedado, como hábito que se haya hecho allá?

HM: Fíjese que...

VD: Usted regresó.

HM: Yo he estado en muchas partes, he andado con personas que son adictas a ciertas cosas, han llegado a ponerme las pastillas o lo que sea en la mano, lo que sea, el único hábito que se me quedó fue el de trabajar, ese sí. Yo puedo trabajar diez o quince horas; mientras mis pies me aguanten, puedo aguantarle a trabajar hasta lo

que quiera. Lo que no aguanto, ¿sabe qué es? Estar sin bañarme. Eso sí no, (risas) eso sí no. A mí con que me digan: “Vas a trabajar, vas a tener comida y te vas a tener donde bañarte”, encantado de la vida. Pero si me dicen: “No hay donde te bañes”. “Ya la torcimos, mejor me voy”. Sí, ese es mi vicio, de bañarme diario o veces hasta dos veces al día. Ahora sí qué bueno, yo mismo, pero bueno, no soporto estar sin bañarme, sin rasurarme, no.

VD: Oiga, y de regreso cuando ya se vino otra vez para acá, ¿le costó trabajo adaptarse a la vida aquí otra vez?

HM: Fíjese que sí. Sí, porque bueno, sobre todo cuando llegué aquí, me costó trabajo en primer lugar porque conocí a dos o tres personas. No tenía yo carta de recomendación. No conocía yo industrias ni nada de eso. Me acuerdo en una ocasión que fui a pedir trabajo, anduvimos una hermana de mi primo y yo. Él era el más chiquillo, chico, chico. Muchos días sin conseguir trabajo, un día nos fuimos caminando desde Tacuba hasta por allá cerca de la Universidad y de allá anduvimos caminando hasta la Merced.

VD: Tremendas caminatas.

HM: Y pues no, no conseguía trabajo. Entonces un día nos fuimos ahí por Santa Julia y conseguimos trabajo de cargadores, a cargar camiones con material de construcción, alambre eléctrico, cajas que no sé que llevarían. Un día sí nos pagaron muy bien, pero los otros días no y eran unas pambas tremendas. En una ocasión los pantalones y los zapatos que llevaba quedaron terminados llenos de harina y no sé qué, al grado que jamás me volví a poner ni los zapatos ni los pantalones. Porque no se los quitó de tanto sudor y todo eso, y me dieron \$15 pesos en todo el día.

VD: ¡Uy!

HM: Y esa vez sí me dieron ganas de regresarme otra vez para allá, pero resulta que no tenía yo dinero también.

VD: Para pagar.

HM: Para pagar el pasaje y bueno, ¿no? Coyote, el coordinador, para el caso da lo mismo. Y pues ya fue cuando fui conociendo gente aquí y ya me fueron conociendo. Cuando le digo que fui a esa industria me dice: “¿Qué sabe hacer?”, era un martes. Le digo: “Pues no sé qué se haga aquí, pero sé hacer algunas cosas”. “A ver, pase señor”. Me dijeron, un español: “¿Conoce esa máquina?”. Le digo: “Pues más o menos”. “¿Podrá trabajarla?”. Le digo: “Creo que sí”. “A ver, préndala”, era una troqueladora. Y agarro y la prendo, subo el *switch* y no trabaja, entonces me levanto y bajo el *switch* y lo abro y le digo: “Le falta un fusible”. Agarra, se mete la bolsa al saco y saca el fusible este, agarro y: “Toma”, y se lo pongo y le echo a andar la máquina. Y dice: “Pues sí sabe”, y se estuvo como hora y media parado atrás de mí. Veía como se soltaba uno, eran bancos de esos redondito, se estaba uno jugando con los pies o si estaba uno quieto y trabajando. O sea fijo en lo que estaba uno haciendo. Entré ganando en esa empresa \$9.50 [pesos]. Ese mismo día me llamó en la tarde, me dice: “¿Sabes qué?, en lugar de \$9.50 vas a ganar \$10.50”. Fue el martes, el miércoles ya gané \$12.50, así me aumentó un peso diario. Cuando yo le pedía aumento me dice: “No puedo dárselo”. Le digo: “¿Por qué?”. “Porque no acostumbro a decirle o a enseñarle la lista de raya a nadie, pero voy a hacer una excepción”, saca su lista, dice: “Mira, aquí está Ramón, es el jefe de turno, Jorge que es su segundo y usted que es un trabajador”, dice, “Ramón gana \$26 pesos, Jorge gana \$24 y tú ganas \$22”. Le dije: “Bueno pues, auménteme a mí aunque a ellos no les aumente”. “No”, dice, “no puedo, no puedo”. Y ahí estuve un tiempo, pero después pues, siempre tuve ambiciones y todo eso y pues fui buscándole, buscándole hasta que llegué a ganar dinero. Que a veces no lo sabe uno cuidar, eso es otra cosa. Cuesta más trabajo cuidarlo que ganarlo. Pero pues no me quejo, ahí va.

VD: Y ya como última cosa, señor Heleodoro, a la distancia después de varios años que estuvo usted por allá, en general, como un balance, los recuerdos que le quedan de su época de bracero, ¿cómo son?, o sea, ¿cómo se siente de haber estado por allá?

HM: Bien y bonitos, porque pos conocí algunos lugares, conocí a mucha gente, que eso es lo más importante. Por ejemplo, como yo les digo a algunos compañeros, si en este pleito, se puede decir, no conseguimos nada, cuando menos nos reconocimos, convivimos, hicimos amistades y eso es muy importante para mí, es muy importante, sí. Y a lo mejor tengo muchas ganas de ir al estado de Arizona, a lo mejor llego a encontrar ahora que estuve allá, quise pasar pero pues como me acababan de operar y todo eso, pues ya no. Pero mi intención era venirme de Los Ángeles a Phoenix a Avondale, específicamente a Avondale y buscar o en el radio a ver si hay alguien de la familia de los que conocí ahí. Y a Empalme, porque ahí una chiquilla se enamoró de mí.

VD: ¿En Empalme?

HM: En Empalme. Cuando yo me vine de ahí, toda la familia lloró. Ellos querían que yo me quedara ahí, pero ella tenía trece o catorce años y yo le dije: “Mira, no tengo nada de ofrecerte, mi intención no es quedarme aquí”. Sus hermanos querían que yo me quedara y me metieran al ferrocarril a trabajar, pero pues yo no quise, no quise y toda la familia lloró, hasta la abuelita. Y luego me dice la chica: “Me llevo todo el dinero de mi abuelita y me voy contigo”. “No, no, no, párale, ahí no quiero, no”. Y sus hermanos eran bien grandototes y me querían mucho, me querían mucho, teníamos muy buena amistad. Luego nos poníamos a jugar baraja ahí, pues no había dinero, bueno, de mi parte no tenía dinero, ¿no? Luego me invitaban un refresco o a comer o eso ahí en su casa. Cuando se inundó Empalme, nosotros estábamos ahí, se quedó sin ferrocarril, sin aviones, sin camiones, sin nada; se estaba acabando los pocos alimentos que había. Yo era el único que salió a vender arroz con leche, bueno, entre comillas. Y era el único que

tenía agua dulce, porque la señora Concepción ese día yo le dije, o sea, habían anunciado en el radio que al otro día llegaba el ciclón como a las diez de la mañana. Entonces le dije, llegó la pipa de agua dulce, le digo: “Señora, si quiere llenamos todo de agua”. Y era bien conchuda, por eso le decían Concha yo creo. Dice: Pues ahí métase a la cocina y saque lo que quiera”. Entonces entré a la cocina y hasta el traste más chiquito llené de agua, y ya tenía mucha leña, todo eso. Y al día siguiente amanecemos sin agua, bueno, amaneció el pueblo sin agua, y nosotros éramos los únicos que teníamos agua dulce y éramos los únicos que, bueno yo, el único que salió a vender arroz con leche.

VD: Y fue un gran éxito.

HM: Y vendía yo, sacaba yo dos ollas con arroz con leche y en quince minutos ya no tenía. Más tardar, no me daba abasto y mucha gente sin comer y todo eso y yo le daba. “Órale, tómatelo”. Se ponía un señor y una señora ahí junto a mí a vender pan, unos panes grandes así y ellos también les regalaban pan, mucha gente.

VD: Entonces era como una cierta solidaridad a la gente.

HM: Sí, sí había gente. Una ocasión cuando estábamos sin dinero nos encontramos \$120 pesos, pasó un...

VD: ¿Tirados?

HM: Pasó un par de novios por la calle, iban agarrados de la mano y así jugando, entonces a la chica se la cayó algo y mi primo y otro muchacho de Acatlán, precisamente que estaba con nosotros, vieron que algo se cayó y ahí van. Pero llegó otro, antes que ellos, echa el manotazo el otro y le dice mi primo, mi primo era bien braverito: “Deja eso que eso es de nosotros”, pero el muchacho apenas se había dado cuenta quién los tiró. Y ya agarra y se los avienta. “Pues ahí está tu dinero”, pues ya. Y yo estaba enojado porque habíamos ido a buscar trabajo y ya

nos había dado para comer nada más para, o sea, trabajar por la comida. Pero resulta que mi primo se levantó tarde y ya llegamos y ya estaba ocupado el puesto, por eso estaba yo enojado. Y ya regresan y me dicen: “Vente, vente”, yo no les hice caso, yo seguí sentado ahí en un palo que estaba ahí atravesado en la huerta. Cuando los veo que salen los dos con unos, ya con sombrero, disfrazados y me dice el otro muchacho: “Vente, nos encontramos \$20 pesos”, pensé entre mí: “a lo mejor a alguien se los quitaron”, ¿no? Y ya nos vamos y empiezan a desenvolver y eran \$120 pesos. Nos tardaron quince días, los hicimos que nos alcanzaran. Ese día nos fuimos a peluquear, nos arreglamos pues, porque pues no teníamos dinero.

VD: Pues para suerte que le tocó con eso.

HM: Sí, no, olvídense. Bueno, en parte es una historia muy grande que como usted dice no terminaríamos de platicar, pero en parte es bonito y en parte es triste. Como le digo a mi esposa, en mi vida he tenido de todo, bueno, malo, regular, accidentes y de todo, ha tenido sabor.

VD: Eso sin duda alguna.

HM: Ha tenido sabor.

VD: Yo le agradezco muchísimo, pero muchísimo, señor Heliodoro, el tiempo que me compartió y los recuerdos que nos compartió además.

HM: Gracias, espero que le sirvan para algo.

VD: Pues espero que se puedan dar a conocer estas historias.



**Fin de la entrevista**